

MEDITACION XCI.

JUAN BAUTISTA DIFETA DOS DE SUS DISCIPULOS A JESUCRISTO.

San Luc., c. VII, v. 18, 23.
—S. Mat., c. XI, v. 2, 6.

El sagrado texto propone aquí á nuestra reflexión: primero, la embajada que san Juan Bautista envía á Jesucristo; segundo, la respuesta de Jesucristo á la embajada de san Juan; tercero, las advertencias que Jesucristo hace á los discípulos de san Juan.

PUNTO I.

EMBAJADA DE SAN JUAN A JESUCRISTO.

Lo primero. *La ocasión de esta embajada.* "Y los discípulos de Juan le refirieron todas estas cosas... Y habiendo oído Juan en la prisión las obras de Cristo..."

La ocasión de esta embajada fué la relación que los discípulos de Juan vinieron á hacerle de las maravillas que obraba Jesús, de la doctrina que publicaba y de la grande reputación que se adquiría. Estaba entonces Juan detenido en la prisión por Herodes, rey de la Galilea; dentro de poco veremos el motivo. Fué para él una notable consolación en sus cadenas el oír los diversos milagros de Jesucristo y las estrepitosas maravillas que obraba á vista de toda la Palestina... Es un acto de caridad visitar los encarcelados y las personas que están impedidas por sus enfermedades ó privadas de la libertad de salir por los vínculos de su propio estado. Es una caridad consolarlos con los sentimientos que inspira la religión, ó á lo menos con noticias verdaderas y edificativas: para esto se deben desterrar ciertos cuentos de historias maldicientes, de anécdotas escandalosas, de hechos inventados y calumniosos que se deleitan en esparcir ciertos espíritus frívolos y críticos.

Segundo. *La razón de esta embajada.* "Envío dos de sus discípulos."

Los discípulos del santo precursor, aunque criados en una misma escuela del mas iluminado de todos los hombres, eran aun muy imperfectos y materiales. Tenían por otra parte una idea tan alta de su maestro y estaban tan adheridos á él, que no obstante sus instrucciones, no podían creer que Jesucristo fuese el Mesías esperado, y difícilmente se persuadían que no fuese un competidor de Juan.

Con esta idea no podían, sin algun resentimiento de celos, ver que creciese en reputación y se multiplicasen sus discípulos. Para curarlos radicalmente de sus preocupaciones, se sirvió Juan

de lo que le contaban ellos mismos. Llamó dos de sus discípulos y los dispuso para que fuesen á Jesucristo y por sí mismos se convenciesen de la verdad. De este modo, aun entre sus cadenas, hallaba el Bautista medios de ejercer su ministerio y de trabajar á la gloria de su Maestro; se aprovechaba de todas las ocasiones de hacer conocer á Jesucristo, y al mismo tiempo sabia corregir con dulzura los defectos de sus discípulos y hacer servir á su edificación lo mismo que era la materia de su escándalo. Si nosotros tuviéramos el mismo celo por la gloria de Dios y por la salvación del prójimo, cuántas ocasiones encontraríamos de procurar una y otra!

Tercero. *El motivo de esta embajada.* Juan la dispuso para preguntar á Jesucristo si era el Mesías que se esperaba: "Envío dos de sus discípulos y le dijo: ¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos otro?"

Pregunta de suma importancia, que la sinagoga habia hecho á Juan, y que Juan manda ahora hacer á Jesucristo. Hagámosla tambien nosotros á nosotros mismos. ¿Es Jesús el que debe venir á salvar al mundo? ¿es el que debe venir á juzgarlo? ¿ó acaso esperamos aun otro? Al ver el poco amor que le tenemos, nuestra poca fé en sus palabras, nuestra poca confianza en sus promesas, nuestra poca obediencia á sus leyes y nuestra poca conformidad á sus ejemplos, bien se nos puede preguntar si esperamos aun otro, otro que favorezca nuestras inclinaciones, nuestra ambición, nuestra avaricia y nuestro amor propio; otro que recompense las riquezas, las grandezas, los placeres y todos los vicios, ó si creemos que Jesucristo es el que ha venido, que es nuestro Salvador y nuestro juez. ¿Y si es verdad que no esperamos otro para salvarnos y juzgarnos, cómo no lo amamos y no lo servimos con todo nuestro corazón?

PUNTO II.

RESPUESTA DE JESUCRISTO Á LOS ENBAJADORES DE SAN JUAN.

Jesús en su respuesta da las pruebas de su divina misión, que son los milagros, las profecías y la reunión de los milagros y de las profecías.

Lo primero. *Los milagros.* "Y habiendo venido los hombres á él, le dijeron: Juan Bautista nos ha enviado á tí y dice: ¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro? Y en aquella misma hora sanó Jesús á muchos de enfermedades, y de llagas, y de maliciosos espíritus, y dió vista á muchos ciegos..."

Cuando llegaron estos discípulos á Jesucristo, lo hallaron, según su costumbre, cercado del pueblo que instruya y de enfermos que sanaba. Recibió el divino Salvador la embajada en medio de

este numeroso acompañamiento, cuya confianza y cuyos votos anunciaban su divino poder, mucho mejor de lo que hubiera podido tacer todo el esplendor que rodea el trono de los reyes. Escuchó tranquilamente cuanto tenían orden de decirle estos enviados, y luego en vez de responderles, hizo que se acercasen los enfermos, los ciegos, los cojos y los endemoniados que los seguían, los curó y los libró á todos, y obró en su presencia prodigios de un poder y bondad que caracterizaban el verdadero Mesías y un Dios Salvador. Tal fué la primera respuesta de Jesucristo á los diputados. Tal debe ser la nuestra á las preguntas de los incrédulos. Su pregunta á Jesucristo si es el Mesías, y su respuesta es obrar milagros; hagamos nosotros, como cristianos, ver al punto en nuestras operaciones lo que somos.

Lo segundo. *Las profecías.* "Y (Jesús) les repondió diciendo: Id y contad á Juan lo que habeis oído y visto, que los ciegos ven, los cojos caminan, los leprosos van limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia á los pobres el Evangelio." Esto es, á los pobres de espíritu, á los humildes de corazón, á aquellos que tienen el corazón contrito, que se hallan en aflicción y se arrepienten de sus pecados. La intencion de Jesucristo hablando á los diputados de lo que habian visto, era de traer á su memoria la profecía de Isaias, en que está profetizadas estas cosas del Mesías. El cumplimiento de las profecías es una prueba del primer orden, como la de los milagros, porque solo puede venir de quien es Señor absoluto de los tiempos y de los acontecimientos. La profecía de Isaias miraba á Jesucristo; pero no tenia tambien en mira al cristianismo: Jesucristo la cumplió, y aun ahora todas las dias la cumplen sus ministros. ¿Por qué pues no tiene su cumplimiento en nosotros en particular? ¿Por qué hemos inútiles con nuestra infidelidad las verdades divinas y las gracias profetizadas?

Lo tercero. *La reunión de las profecías y de los milagros.* Cada una de estas pruebas separadamente es bastante para convencer todo espíritu racional; pero de la reunión de las dos resulta una prueba fortísima á que ninguno se puede resistir. Por poco que se reflexione, el mundo convertido prueba invenciblemente la verdad de los milagros de Jesucristo. El pueblo judaico disperso en todo el mundo por una providencia (que tambien ella es un milagro), prueba invenciblemente la verdad de los libros proféticos. Los ju no los mismos tienen estos libros en sus manos, y los milagros anuncia los en estos libros son los que Jesucristo ha obrado. ¿Qué mas se puede desear para formar el mas perfecto y mas firme convencimiento? Juntan los impíos como quieren los prodigios esparcidos en las historias paganas,

1. Isai, c. XXXV, v. 1, 10.

prodigios por la mayor parte absurdos, ridículos é incoherentes; prodigios escritos largo tiempo después de su pretendido acaecimiento y sin producir testigos oculares; prodigios que ninguno ha tenido el interés de examinar ó de contradecir, y finalmente, prodigios que no tienen algun sólido principio ni término, ni se refieren por prueba de la religión de aquellos que se dice haberlos hecho; y se tendrá el atrevimiento de compararlos con los milagros de Jesucristo, anunciados tantos años antes que se obrasen: ¿con los milagros que han hecho mudar de semblante al universo? No, Señor, vuestros caminos son inimitables; nada sabrán jamás fingir los hombres ó los demonios que tenga los caracteres de magnificencia que tienen vuestras obras.

PUNTO III.

ADVERTENCIA QUE HACE JESUCRISTO Á LOS DIPUTADOS DE SAN JUAN.

"Y es bienaventurado, añadió el Salvador al fin, el que no tomara de mí motivo de escándalo..."

Lo primero. *Examinemos la ocasión de este escándalo.* ¿Quién podrá jamás, oh divino Jehová! modelo de toda perfección, hallar en vos motivo de escándalo? Pues con todo eso, vos mismo lo fuisteis para los judíos y lo sois aun para muchos cristianos. ¿Y cuál es la ocasión? Primeramente lo sublime de vuestros misterios y lo incomprendible de vuestros caminos. El orgulloso, que no se conoce á sí mismo, querría comprender y penetrar los secretos de vuestros consejos y saber la razón de vuestra conducta.

En segundo lugar, la santidad y la pureza de vuestro moral. El voluptuoso no cree posible la practica, ó tiene por muy difícil el sujetarse á ella.

En tercer lugar, vuestra debilidad aparente como hombre y la de vuestro cuerpo físico, que es la Iglesia. El judío, que esperaba un Salvador que lo librara, no del yugo del pecado, sino del yugo de los romanos, no viendo otra cosa en vos que pobreza, dulzura y humildad, se escandalizó. ¿Y cuanto mas escandalizado quedó cuando os vió espirar en una cruz? De este mismo modo se obran en vuestra Iglesia los mas altos misterios; se comunican por medio de los sacramentos las gracias mas señaladas lajo de los símbolos mas humildes, mas débiles y mas simples del agua, del aceite, del pan, del vino y de la palabra de un hombre... La administración de esta Iglesia está en manos de hombres débiles, sujetos al error y á las pasiones. ¿Y en estos se han escandalizado de modo que llegaron á

desobedecerle y á separarse de ella? Se necesitaban para gobernar estos espíritus indóciles, unos hombres de otra especie ó ángeles del cielo. ¿Pero cesarian ellos por esto de ser discipulos cuando no se inquietan con las promesas de Jesucristo? Examinemos si acaso participamos nosotros de todos estos escándalos.

Lo segundo. *Consideremos la desgracia de aquellos que se escandalizan de Jesucristo.* Este escándalo llena su espíritu de espesas tinieblas, de manera que no pueden ver la evidencia de las pruebas de la religion.... Los milagros mas sorprendentes, el cumplimiento mas perfecto de las profecías, los hechos mas auténticos no hacen en ellos impresion alguna; su espíritu está únicamente ocupado en buscar interpretaciones violentas y sofismas á que están obstinadamente atacados, por mas que carezcan de verosimilitud y aunque sean absurdos y ridiculos en extremo.... Este escándalo llena su corazón de odio y de furor.... Si los incrédulos piensan que la religion es un error, no es error que se contenten considerar con sentimientos de compasion hácia los que la profesan: aborrecen ellos esta religion, y tambien á aquellos que la siguen, abiertamente la persiguen, la calumnian con imprudencia, y no resistan otra cosa contra ella que homicidios, sangres y estragos. Jesucristo fué la primera víctima de este furor; después de él sus apóstoles, sus discipulos y los mártires, desde los primeros siglos hasta nuestros días, y hasta al fin del mundo padecerán persecucion todos aquellos que han profesado de vivir en la piedad. Finalmente, este escándalo llena su conciencia de agitación y de terror.... Los que han abandonado á Jesucristo, su ley y la Iglesia, por mas que se esfuerzan á cerrar los ojos á la luz, penetra esta á pesar de su repugnancia, y aquel poco de luz que reciben, basta para turbarlos.... ¡Cuántas dudas, cuántos pensamientos, cuántos remordimientos vienen á agitar su conciencia y á atormentarla! ¿Pero es verdad, se dicen estos á sí mismos, es verdad que son nada los pecados secretos que yo cometo cada día? ¿es verdad que Dios me ha criado solo para esta vida presente? ¿es verdad que la religion cristiana no es otra cosa que una fábula? ¿que la Iglesia está en el error, y que yo puedo sin pecado despreciar sus decisiones? ¿Es, pues, todo esto verdad? ¡ah, Dios mio! ¿quién podrá resistiros y gozar de paz? ¡Ay de quien se escandaliza de vos! ¡ay de quien no adora todo lo que hay en vos y lo que viene de vos!

Lo tercero. *Meditemos la felicidad de aquellos que no toman de Jesucristo algun motivo de escándalo.* El espíritu de estos está iluminado con las luces mas puras de la verdad; no solo sienten la fuerza triunfante de las pruebas de la religion, sino tambien encuentran motivos de confirmarse en su fe, en lo mismo que causa el escándalo de los otros y los aleja. Ven en la oscuridad de los

misterios una incomprendibilidad digna de Dios esparcida en todas sus obras aun en aquellas de la naturaleza. Ven en la pureza de la moral evangélica una santidad digna de Dios que los eleva, los ennoblece, los consuela, los vivifica y les hace todas las cosas fáciles. Ven en las humillaciones de Jesucristo el poder y la sabiduría de Dios, y en la debilidad de la Iglesia una providencia admirable, la existencia continua del Espíritu Santo y el efecto sensible de las grandes promesas que le ha hecho Jesucristo.... Su corazón está lleno de la caridad mas tierna, su celo nada tiene de amargo; dejan á los principes cristianos el cuidado de reprimir, segun su sabiduría, los malos y los indóciles, y entre tanto, no desean otra cosa que el que estos miserables sean instruidos y se conviertan.... Su conciencia goza de una calma la mas profunda; inmóvil siempre en su fe y ciertos de caminar por el camino derecho, no temen otra cosa que á su propia firmeza y confian totalmente en el Señor que los fortifica; tienen ya un gusto anticipado de los bienes eternos que se les han prometido.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh, verdaderamente feliz y bienaventurado el que no se escandaliza en vos, ¡oh Jesús mio! sino que os adora, os ama y os imita! Tales son mis resoluciones; confirmadlas vos, Señor; si, á vos solo, ¡oh Salvador mio! quiero seguir de hoy en adelante, á vos solo quiero servir y en vos solo quiero poner toda mi esperanza y todo mi amor. Iluminad purísima luz; haced que yo camine con pasos firmes y constantes en la práctica de vuestras santas leyes. Purificad mi alma de sus pecados y de sus imperfecciones; abrid mi corazón á vuestra santa palabra y haced dócil á las inspiraciones de vuestro divino espíritu; dadme este espíritu vivificante, esto es, este espíritu de despego de las cosas del mundo, espíritu de dulzura, de humildad, y espíritu de penitencia que me haga gustar y practicar las maximas divinas de vuestro santo Evangelio. Amen.



MEDITACION XXII.

DISCURSO DE JESUCRISTO SOBRE SAN JUAN ESPUES QUE SE PARTIERON SUS DISCIPULOS.

San Mat., c. XI, v. 7, 12—
San Lúca., c. VII, v. 20, 33.

Jesucristo en este discurso hace: lo primero, el elogio de san Juan Bautista; segundo, habla del reino de los cielos anunciado por san Juan; tercero, reprueba la conducta que tienen los cabezas de la nacion judaica contra él y contra san Juan.

PUNTO I.

ELOGIO DE SAN JUAN BAUTISTA.

Lo primero. *Jesucristo alaba la firmeza de su valor.* “Y cuando ellos ya se habían ido, empezó Jesús á hablar de Juan á las turbas: ¿qué cosa habeis ido vosotros á ver en el desierto? ¿una caña agitada del viento?...”

Juan Bautista retirado en el desierto desde su niñez, habia perseverado en él hasta que Dios lo llamó al ministerio público de la predicacion, esto es, hasta la edad de treinta años. Su vida pública fué tan austera como su vida privada. En el uso de su celo nada habia mudado de su tenor de vida, ni sus sentimientos, ni su exterior. El mismo fué en la corte que en el desierto; ni las caricias, ni las amenazas del monarca habian podido alterar su valor; entre las cadenas estaba tan aplicado á las obligaciones de su ministerio, como cuando se hallaba en perfecta libertad. ¡Ay de mí! ¡cuán diferente soy yo, Dios mio! Yo soy aquella caña que se dobla á todo viento; conozco mi obligacion, hago las mas bellas resoluciones para cumplirla; en el fervor me parece que soy un cedro inflexible; pero á la mas minima tentacion, en la mas ligera ocasion de disgusto ó de respeto humano se desaparece mi virtud. Mas débil que la caña, un solo sople me abate y me dobla hasta la tierra, y ya no me conozco á mi mismo.

Lo segundo. *Jesucristo alaba la austeridad de la vida de san Juan.* “Pero ¿qué habeis ido á ver? ¿Un hombre delicadamente vestido? Ciertamente, los que visten ropas preciosas, y viven en delicias, estan en las casas de los reyes....”

El lujo de los vestidos, la suavitud de los muebles y las delicias de la mesa se hallan en las casas de los grandes y de los poderosos del siglo; los que gozan de una mediana fortuna, procuran imitarlos en lo que alcanzan, y á veces mas aun de lo que pueden; los que por su estado han renunciado á esta vida delicada y voluptuosa, algu-

nas veces la vuelven á tomar de una manera descomeniente y contraria á la edificacion.... No así san Juan: ¡qué vestido! ¡qué alimento! ¡qué hombre! ¡Oh, y cuán á propósito era Juan para predicar la penitencia!.... ¿Y yo cómo lo predicó? No estoy en los palacios de los reyes, y si estuviera, no estaria exento de la obligacion de hacer penitencia, y en el estado en que estoy ninguna hago. Quiero que nada me falte, jamás me privo de cosa alguna, y si algo me falta, no tengo mérito alguno, porque siempre me lamento.

Lo tercero. *Jesucristo alaba la grandeza del ministerio de san Juan.* “Mas ¿qué salisteis á ver? ¿un profeta, porque esto es de quien está escrito: mira que yo envío delante de tí mi ángel, que preparará tu camino delante de tí. En verdad os digo: entre los nacidos de mujer no se levantó mayor que Juan Bautista....”

San Juan era profeta porque anunciaba al Mesias, y era mas que profeta, porque no solo anunciaba que el Mesias vendria, sino que tambien lo mostraba presente, porque lo hacia conocer como Salvador y como juez de los hombres; porque le preparaba el camino predicando la penitencia, y porque finalmente, era el objeto mismo de la profecia, siendo aquel ángel de quien habla el profeta Malaquías, á que debía ser enviado para preparar los caminos del Señor. Por esto asegura Jesucristo que entre todos los nacidos antes de Juan Bautista, no habia habido algun profeta, no habia habido algun hombre mas grande que él, cuyo empleo fuese tan eminente, y que lo hubiese cumplido con mayor dignidad y fidelidad. Afortunado san Juan por haber merecido ser alabado por Jesucristo.... Pero ¡ay de nosotros que andamos siempre buscando alabanzas de los hombres! Jesús alaba lo que es digno de ser alabado, y los hombres muchas veces lo es digno de vituperio; Jesús alaba á san Juan en la adversidad y estando en las cadenas; los hombres alaban únicamente á aquellos que se hallan en la prosperidad; Jesús no alaba á san Juan en su presencia, ni en la de sus amigos y discipulos; y los hombres nos alaban solo en nuestra presencia ó en la de nuestros amigos, y las mas veces fuera de estas ocasiones hablan de nosotros solo para censurarnos, para criticarnos y denigrarnos. No son tambien estas las alabanzas que nosotros damos á otros?

PUNTO II.

DEL REINO DE DIOS ANUNCIADO POR SAN JUAN.

Lo primero. *San Juan por su empleo de precursor era mayor que todos los profetas, porque habia anunciado el reino de los cielos como profeta.*

1. Malach., c. III, v. 1.

no y comenzado ya á establecerse. Este reino de los cielos es la Iglesia del Mesías, la Iglesia de Jesucristo, Iglesia que viene de los cielos y vuelve a los cielos, Iglesia toda celestial por su autor, por sus misterios, por su culto, por sus sacramentos, por sus bienes, por sus preceptos y por sus costumbres. Ahora puez, si el empleo de san Juan que consistía en anunciar la cercanía y en disponer los principios de este reino celestial, era tan grande, ¿cuánto mayor es la dignidad de quien en este reino celestial está destinado, no solo á ocupar uno de los primeros puestos, á gobernarlo, á establecer en él y consagrar ministros, sino también a instruir y formar cristianos, á declarar los misterios de Dios y de Jesucristo, á distribuir los tesoros de la gracia, á reconciliar los pecadores, á consagrar el cuerpo de Jesucristo, á ofrecerlo en sacrificio y alimentar con él el pueblo fiel, y finalmente, á perpetuar el reino de los cielos hasta el fin del mundo? . . . (Oh sacerdotes! ¡oh cristianos, cuán grande es vuestra dignidad! ¡Y cuán angusta es nuestra suerte! ¿Y si por la dignidad de nuestro estado somos mayores que san Juan, qué esfuerzos no debemos hacer para imitar sus virtudes? ¿Cuál debe ser nuestra vida, nuestra pureza, nuestra unión con Dios, nuestra insensibilidad por las cosas de la tierra y nuestra solicitud por las del cielo?

Lo segundo. *Las sufrimientos que anuncia el reino celestial.* "Y desde el tiempo de Juan Bautista hasta ahora el reino de los cielos padece fuerza, y lo conquistan aquellos que se hacen violencia . . ."

Juan Bautista comenzó á anunciar el reino de los cielos, y este reino divino, apenas anunciado, estuvo en manos de la violencia . . . Sus enemigos, esculcando solo su furor celoso, han procurado arruinarlo, disiparlo y reducirlo á la nada desde sus principios. Apenas había comenzado Juan su predicación, cuando los fariseos lo persiguieron, y lo obligaron á alejarse. Este santo predicar está actualmente entre cadenas, de donde no saldrá de otra manera que con una muerte violenta: esta es la suerte de la Iglesia de Jesucristo, perseguida desde su nacimiento, y lo será hasta el fin. Pero ella es el reino de Dios, el reino de los cielos, y esta Iglesia subsistirá hasta el fin del mundo. El furor de los tiranos multiplicará el número de los cristianos, y la violencia de los suplicios acrecentará la corona de los mártires. Esta suerte que experimentará constantemente la Iglesia, es la misma que experimentará cada día cada uno de sus miembros, que no entrará en la gloria del cielo sin haber hecho violencia á sí mismo, á su natural, á sus malas inclinaciones y á sus pasiones.

Lo tercero. *La economía del reino de Dios.* "Porque todos los profetas y la ley han profetizado hasta Juan; y á mercos entenderlo, él es aquel Elias que ha de venir: el que tiene orejas para oír, oiga . . ."

No nos cansemos de admirar las obras de Dios en la religión que ha dado á los hombres; en el fondo ha sido siempre la misma, aunque en la forma haya sido diferente según los tiempos . . . La manifestación entera de los adorables misterios que contiene y de los bienes inefables que comunica, se ha reservado para el tiempo de la venida del Mesías y del establecimiento de esta Iglesia, de quien es la cabeza Jesucristo, y esta es la que se llama reino de los cielos, esta es la que san Juan ha anunciado el primero y de que ha visto los primeros fundamentos. Hasta san Juan en todos los tiempos que le han precedido, la tradición de los patriarcas, la ley de Moisés y la predicación de los profetas han sido solo profetas del futuro establecimiento de este reino divino. Es verdad que el pueblo hebreo era pueblo de Dios y la sinagoga la Iglesia de Dios; pero no aun el reino de Dios, el reino de los cielos; eran solo la sombra, la figura, la promesa. Jesucristo era el sol de justicia, como lo llama el último de los profetas, cuyos rayos han dado la claridad; esto es, han esparcido la luz, disipado las tinieblas y las sombras, puesto fin á las figuras y cumplido las promesas. San Juan Bautista ha tenido el lugar de medio entre los profetas y Jesucristo. El ha sido la aurora que ha anunciado el nacimiento de este sol divino.

Para hacernos comprender Jesucristo cuál ha sido el empleo de san Juan, nos dice que él es el profeta Elias, aquel mismo que Dios prometió enviar para preparar el camino á su venida . . . Tal es la economía del reino de Dios, ó sea de la religión cristiana. El último de los profetas ha anunciado á san Juan; san Juan ha mostrado á Jesús y ha declarado que él era el Mesías; Jesús ha establecido el reino de Dios y destruido el reino del demonio, ha nombrado sus apóstoles y los ha llenado del Espíritu Santo. Los apóstoles han impuesto las manos á sus sucesores y les han conferido el mismo espíritu y así se ha continuado hasta nosotros, de manera que del pontífice que actualmente nos gobierna, subimos por sucesión hasta los apóstoles y hasta Jesucristo; de Jesucristo por medio de san Juan hasta los profetas y á la ley, y de ahí por la tradición de los patriarcas hasta el primer hombre, á quien fueron hechas las primeras promesas . . . Qué otra religión fuera de la cristiana podrá presentarnos de este modo una cadena profética ó histórica que comprenda en sí todos los tiempos sin interrupción? No es este ya un sistema de conveniencia y verosimilitud; es realmente un plan ejecutado, cuyos monumentos subsisten sobre toda la superficie de la tierra y entre matos nada sospechosos. Los judíos tienen los mismos libros proféticos que los cristianos; los eremitas y los herejes tienen la misma historia del Evangelio que los católicos, sin que en ellos se haya podido mez-

1. Malach., c. IV.

clar algún error ó encontrarse alguna discrepancia. ¡Oh religión divina y santa! solo no te pueden conocer aquellos que de propósito cierran los ojos para no ver y se tapan las orejas para no oír. ¡Qué felicidad haber nacido en esta santa Iglesia, vivir en ella y en ella morir!

PUNTO III.

DE LA CONDUCTA DE LOS CABEZAS DE LA NACION HEBREA EN ORDEN Á SAN JUAN Y Á JESUCRISTO.

Lo primero. *Conducta comparada y opuesta á la del pueblo.* "Y todo el pueblo que lo oyó y los publicanos dieron la gloria á Dios, los que habían sido bautizados con el bautismo de Juan; pero los fariseos y los doctores de la ley, con propio daño, despreciaron los designios de Dios, los que no habían sido bautizados por él . . ."

Cuando san Juan comenzó á predicar y á bautizar, todo el pueblo y los publicanos mismos, que se llamaban los pecadores, se apresuraron á corresponder á los designios de Dios y abrazar la penitencia para recibir al Mesías; pero los grandes, los sabios y los fariseos que profesaban la más exacta observancia de la ley, los escribas, que hacían profesión de interpretar y explicar esta ley y de entenderla perfectamente, no quisieron por la mayor parte humillarse á recibir el bautismo de Juan. Enviaron solamente á preguntarle si era él el Mesías; y luego que respondió que no lo era, no pasaron mas adelante y se quedaron en la expectación del Mesías; despreciaron de este modo los designios de misericordia que Dios tenía sobre ellos; y habiendo rehusado por orgullo entrar en las disposiciones de su misericordia y de su providencia, llegaron después de haber despreciado al precursor á hacer morir al Mesías.

Todo en la religión es grande y todo es importante en las miras de Dios. Quien desprecia los primeros medios de la salud por esperar otros mas grandes, abusa casi siempre de todos. Los que se creen santos, sabios é instruidos, se pierden muchas veces por el orgullo, por sus falsas luces y por su necia sabiduría.

Lo segundo. *Conducta comparada y semejante á la de los niños.* "¿Pero á qué diré que es semejante esta generacion? Es semejante á los niños que están sentados en la plaza y gritando á sus iguales, dicen: os hemos cantado y no habéis bailado; nos lamentamos y no llorasteis . . . Porque ha venido Juan, que no comía ni bebía, y dicen: demonio tiene. Ha venido el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: ¿veis aquí un comedor y bebedor, amigo de los publicanos y de los pecadores . . .?"

Esto es, ¿á quién compararé yo esta raza de

hombres incrédulos que nada puede moverlos? ¿á quien se asemejan estos? Son semejantes á aquellos muchachos despreciantes, á quienes otra tropa de sus iguales moteja en la pública plaza por el desprecio, mal humor é indiferencia con que han correspondido á los convites que los han hecho; este es el retrato natural de aquellos de que yo hablo. Saben ellos muy bien con su espíritu artificioso y frívolo, hacer de modo que bajo cualquiera forma que se les presente la sabiduría, siempre encuentren razones para dispensarse de seguirla . . . Y de hecho, los principales de los judíos, reposando con ostentación sobre su santidad y sabiduría, se movieron tan poco de la vida austera de Juan como de la vida común y santa de Jesucristo, murmurando y despreciando igualmente la una y la otra . . . Según ellos, Juan era hombre estirado y feroz, poseído del demonio, y Jesús un hombre que se deleitaba en comer y beber y que era amigo de los pecadores . . . Tales son aun los discursos del mundo, el cual en vez de aprovecharse de los diversos géneros de virtud, que le propone por ejemplo la Iglesia; de todo murmura, todo lo desprecia y nada quiere imitar . . . Según este mundo, los solitarios son ociosos contemplativos que solo sirven de peso al Estado y que sería necesario aniquilar; los hombres apostólicos son ó políticos que lisonjean á los pecadores con un moral relajado, acomodando las decisiones á las miras secretas de su ambición y de su interés, ó son hombres austeros y feroces que predicán la reforma, el ayuno y la penitencia solo por capricho, por hipocresía, por orgullo ó por desesperación, ó son ciudadanos inútiles á la sociedad . . . Si alguno del mundo se retira para servir á Dios, es debilidad de espíritu, mera melancolía ó desprecio . . . ¿Qué van diciendo estos impíos, no se puede cada uno salvar en el mundo? Y si alguno quiere vivir una vida arreglada y cristiana, es la fábula y el objeto del desprecio y aun del horror; todos se alejan de él, todos le huyen . . . ¡Oh mundo perverso! tú abusas de todo, tú maldices, blasfemas y repruebas todo lo que te podía salvar. ¡Ay de mí! no hemos repetido también nosotros este mismo lenguaje del mundo é imitado su insensibilidad?

Lo tercero. *Conducta comparada y contraria de los hijos de la sabiduría.* "Y ha sido justificada la sabiduría por sus hijos . . ." El mundo se cree sabio y trata de insensatos aquellos que despreciando sus máximas, siguen las de la sabiduría encarnada; pero estos fieles despreciados son los hijos de la sabiduría, y su conducta es la justificación de los caminos y de las obras de la sabiduría de Dios . . . Porque mientras que los falsos sabios del mundo abusan de todo para alejarse de Dios, ofenderlo y perderse, estos hijos de sabiduría se aprovechan de todo para unirse mas á Dios, servirlo y salvarse . . . En cualquiera situación que Dios los ponga, ó en la abundancia ó

en la penuria, en la prosperidad ó en la adversidad, en la sanidad ó en la enfermedad, en el tumulto ó en la soledad, son siempre fieles á Dios y todo contribuye á su santificación; y esto es lo que justifica la salubridad de Dios en las medidas que tomó para la salvación de los hombres. No quieren convenir en esto los mundanos; pero convendrán en el último día, cuando se hallarán forzados á confesar su propia necesidad y á reconocer, pero muy tarde, que se engañaron.

PETICION Y COLOQUIO.

¿De qué número soy yo? ¡oh Dios mío! ¿Cómo he justificado hasta ahora vuestra sabiduría en todo aquello que ha hecho para salvarme? Enderezad mi corazón haciéndolo mas humilde, que entonces todos vuestros caminos me parecerán derechos y á vos solo tendré en mira en todo aquello que viene de vos. ¡Oh divino Jesús! sed mi fortaleza y mi apoyo; sostenedme para que no esté en vuestro servicio como una caña débil; haced que inviolablemente unido á vos y á vuestra santa ley, me haga digno de vuestra gloria. Amen.

MEDITACION CXIII.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO DESPUES DE LA PARTIDA DE LOS DIPUTADOS DE SAN JUAN.

S. Mat., c. XI, v. 20, 30.

Jesucristo nos descubre aquí varios movimientos de su corazón: primero, un movimiento de indignación contra las ciudades que no han correspondido á sus gracias; segundo, un movimiento de alabanzas y de amor para con Dios su Padre; tercero, un movimiento de caridad para con todos los hombres.

PUNTO I.

MOVIMIENTO DE INDIGNACION CONTRA LAS CIUDADES QUE NO HAN CORRESPONDIDO Á SUS GRACIAS.

Lo primero. *Jesucristo manifiesta la grandeza de este pecado.* "Entonces él comenzó á zaherir á las ciudades en que habían sido hechos muchos milagros suyos, porque no habían hecho penitencia. ¡Ay de tí, oh Corozain! ¡Ay de tí, oh Bethsaida! porque si en Tiro y Sidon se hubieran hecho las maravillas que se han hecho en vosotras, ya mucho tiempo ha que hubieran hecho penitencia en la ceniza y en el cilicio...."

Jesucristo continúa á lamentarse de la con-

ducta de los judíos. Sobrecogido de un movimiento de indignación mezclado de dolor y de compasión, endereza sus palabras á las ciudades que no se habían aprovechado de sus discursos ni de los milagros que había obrado en ellas, y les da en rostro con el pecado de su incredulidad; pecado tanto mas enorme, cuanto mayores eran las gracias que les había hecho; gracias escogidas, gracias abundantes, gracias de predilección.... ¡Ay de vosotras, les dijo, ciudades ingratas! Porque si los prodigios que se han obrado en medio de vosotras, se hubieran hecho en Tiro y en Sidon, ciudades idólatras y corrompidas, hubieran mucho tiempo ha abrazado la penitencia que inútilmente os he predicado á vosotras; se hubieran visto sus habitantes humillados y contritos, cubriéndose de cilicios y yacer sobre la ceniza. Culpados nosotros del mismo pecado, ¿no merecemos por ventura la misma reprobación y los mismos anatemas? Contemna si podemos todas las gracias que Dios nos ha hecho, todos los medios de salud que nos ha procurado. ¿Qué fruto hemos hecho? ¿qué provecho hemos sacado? Nosotros no atendemos estas gracias y cantamos por nada el desprecio que hacemos de ellas. ¡Ah! estas hubieran conuertido y santificado á muchos otros á quienes Dios no las ha dado. ¡Y nosotros, ingratos, nos creemos acaso inocentes después de haberlas despreciado?

Lo segundo. *Jesucristo manifiesta cuál será el castigo de este pecado.* "Por esto os digo: Tiro y Sidon serán tratadas con menos rigor en el día del juicio...."

Si, en el día del juicio las ciudades ingratas é impenitentes serán tratadas con mayor rigor; serán condenadas á mas grandes suplicios que las ciudades paganas y que las ciudades mas disolutas que no habrán recibido estas gracias.... ¡Oh! este gran día está siempre lejos de nuestro espíritu, y ciertamente debíamos tenerlo siempre presente, porque todo debe ser en él reconocido, todo debe ser juzgado. En este día habremos de responder no solo de los pecados que habremos cometido, sino tambien de las gracias de que no nos hemos aprovechado. Nosotros nos compadecemos de la desgracia de los pueblos que nacen fuera de la Iglesia y fuera de la verdadera religion, y ciertamente son dignos de compasion; sus pecados no pueden por menos de acarrearles una suerte desgraciada en el día del juicio; pero mil veces mas terrible será la suerte de los malos cristianos y á proporción del abuso que habrán hecho de un mayor número de gracias. Examinemos aquí bien nuestro corazón y temblémos, porque ¿qué uso hacemos nosotros por la mayor parte de las gracias y de los dones que esparsó Dios continuamente sobre nosotros? ¿cuál será, pues, nuestra suerte en el día del juicio? Trabajemos por evitarla mientras que podemos por medio de una sincera penitencia.

Lo tercero. *Jesucristo nos manifiesta el ori-*

gen de este pecado. "Y tú, Cafarnaúm, ¿por ventura te elevas hasta el cielo? Tü serás abatida hasta el infierno; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que en tí se han hecho, acaso subsistiría aun el día de hoy; por eso digo, que la tierra de Sodoma será tratada con menos rigor que tú en el día del juicio...."

Cafarnaúm era una ciudad de gran comercio.... Frecuentemente sucede que la opulencia y el esplendor de una ciudad inspire á sus habitantes un secreto orgullo que les hace despreciar las obligaciones de la religion y descuidar del negocio de su salud. ¡Ay de mí! cada uno se ensorberce por todas sus cosas, la ciencia, el mérito, la fortuna, la nobleza la reputación, la santidad misma del propio estado, basta para inspirar aquel orgullo que endurece el corazón y que hace que despreciando las gracias mayores, se crea inocente, y de aquí procede aquella calma funesta en que ni siquiera se ofrece al pensamiento que tengamos necesidad de penitencia; pero en el día del juicio toda esta gloria que nos deslumbra parará en nada, se disipará el orgullo de que tantos están embriagados, Jesucristo nos pedirá una cuenta rigurosa de sus gracias despreciadas y tomará una venganza acaso mas estrepitosa que de los pecados mismos cuya enormidad y cuya infamia ocasionan cada día entre nosotros tanto horror.

PUNTO II.

MOVIMIENTO DE AMOR Y DE ALABANZAS EN EL CORAZON DE JESÚS PARA CON DIOS SU PADRE.

Lo primero. *Jesucristo bendice su Padre por la sabiduría infinita con que gobierna los hombres.* "Entonces respondiendo Jesús, dijo: yo te doy gracias, oh Padre! Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sabios y prudentes y las has revelado á los pequeñuelos. Así es, oh Padre! porque así fué de tu agrado...."

Dios hace resplandecer igualmente sobre los hombres su justicia y su misericordia; su justicia sobre los soberbios abandonándolos á la ceguera de su falsa sabiduría; su misericordia sobre los humildes á quienes descubre las verdades preciosas de la salud.... Adoro, oh Dios mío! vuestros juicios, y con mi Salvador reconozco su equidad y su sabiduría.... Vos así lo queréis, os diré yo en todas las ocasiones; así lo habeis dispuesto vos. Ma resigno en vuestra santísima voluntad, la que no es otra que mi propia santificación. Está lejos de mí toda otra ciencia, toda otra sabiduría, que no serviría de otra cosa que de ensorbercerme y de cegarme. Deléitense otros en los estudios profanos, estimen hacer en ellos resplandecer sus talentos y su erudición, gloriense otros en su prudencia, en saber

añmentar sus riquezas y su crédito, en saber salir bien de sus enredos, en satisfacer á su ambición y en procurrar todos sus gustos y delicias; por mí, oh Señor! solo quiero saberos á vos, saber vuestra santísima voluntad y los medios de conseguir mi salvación.

Lo segundo. *Jesucristo da gracias á su Padre por la plenitud de los dones que le ha concedido.* "Todas las cosas me las ha dado mi Padre, y ninguno conoce al Hijo, sino el Padre, y ninguno conoce al Padre, sino el Hijo...."

Jesucristo, como segunda persona de la Santísima Trinidad, es todo igual á su Padre; y además, subsistiendo en el Verbo como hombre, ha recibido de Dios su Padre la plenitud de todos los dones, tanto por lo que toca al conocimiento como por lo que toca al poder.... Me alegro, oh Salvador mío! que Dios vuestro Padre no haya puesto límites á los dones preciosos que os ha dado. Vos lo sabéis todo, vos todo lo podéis, ninguna cosa os está escondida, ninguna os es imposible. Vos solo tenéis un conocimiento perfecto del Padre celestial, de todas sus voluntades, de todos sus designios, y nada son todas las luces de los mas sublimes serafines comparadas con las vuestras. ¡Ah! ¿quién podrá jamás conocer, oh Jesús! lo que sois vos mismo y lo sublime de vuestras divinas grandezas! Los ángeles las admiran sin poderlas comprender. Dios solo vuestro Padre de quien las habeis recibido, las conoce perfectamente; con que todo lo que yo puedo hacer, oh Salvador mío! oh Dios mío! es postrarme delante de vos, aniquilarme y adoraros.

Lo tercero. *Jesucristo alaba á su Padre por haberle dado el poder de comunicar sus luces á los hombres.* "Ninguno conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien lo quiere revelar el Hijo...."

No ya para vos solo, oh amable Jesús! habeis recibido el conocimiento de todos los misterios de la divinidad; vuestra gloria es el poder hacer participante á quien queráis; de hecho, por medio de la fe, vos lo habeis revelado á todos los cristianos que hacen profesión de creerlo; pero tenéis aun otra manera de revelarlos mas secreta y mas íntima, reservada á las almas predilectas que favoreceis.... ¡Afortunados aquellos á quienes concedéis semejantes favores! ¿cuán puras y cuán deliciosas son las luces que les comunicáis! Conocen estos á Dios vuestro Padre, están penetrados de él, y su divina presencia hace mayor impresión en su corazón que las que hacen á los ojos la de los objetos sensibles.... Os conocen estos tambien á vos, oh divino Jesús! ven lo que os deben y lo que ellos son en vos; y ¡oh! de qué amor no los entendié la revelación de estos misterios! ¡ah! y cuán bien recompensados quedan de los falsos placeres del mundo y de los vanos entretenimientos de que se piven y de que se han separado! ¡Oh Jesús! si os dignáscis de revelar á mi alma, aunque indigna y

peca lora, cualquier rayo de estas luces divinas, os amaría con mayor ardor y con mayor fervor os serviría. ¿Pero por qué no lo habré de esperar de vuestra misericordia? Vos nos habéis declarado que tenéis el poder de revelar estos divinos secretos a quien vos quiérais para excitar nuestros deseos y para empeñarnos a pedirlos; os lo pido, ¡oh Salvador mío! aquí me tenéis postrado a vuestros pies, inflamada mi alma, inflamada mi corazón para que yo solo guste de vos y a vos solo ama.

PUNTO III.

MOVIMIENTO DE CARIDAD EN EL CORAZÓN DE JESÚS PARA CON TODOS LOS HOMBRES.

Por medio de este movimiento de su infinita caridad para con los hombres, nos convirtió Jesucristo lo primero a ir a él; lo segundo a aprender de él, y lo tercero a someternos a él.

Lo primero. *Jesucristo nos convirtió a ir a él.* "Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré...."

¿Cuál es el camino para ir a Jesús? Se va por medio de la oración, y tanto mas nos acercamos a él, cuanto mas confiamos en él.... Y en qué circunstancias principalmente nos convirtió Jesús para que vayamos a él? Cuando nos hallamos en el afán y en la aflicción, cuando estamos agobiados de los trabajos y de la inquietud y gimiendo bajo el peso de nuestras miserias corporales y espirituales.... ¡Ah! no es este el estado en que nos convirtió el mundo a ir a él. Entonces este ingrato huye de conocernos y nos abandona; los mas fieles amigos se cansan bien presto de oírnos contar nuestras miserias y nuestras desgracias. Vos solo, ¡oh Jesús! sois el amigo fiel, siempre pronto a recibirnos y a escucharnos.... ¿Con qué esperanza nos convirtió Jesús a ir a él? Con la promesa formal que nos hizo de aliviarlos de nuestros males, de enjugar nuestras lágrimas, y de endulzar todas nuestras penas. Y después de una promesa tan auténtica, confirmada tantas veces por nuestra propia experiencia, cómo nos obstinamos aun en buscar otra consolación en las criaturas? No, no, estas son demasiados débiles para merecernos nuestra confianza; estas pueden distraernos de nuestros males; pero esta distracción cubriendo por un momento la llaga de nuestro corazón, no la sana. Vos solo, ¡oh Jesús! podéis penetrar hasta dentro del corazón, oír su voz, conocer sus miserias, consolarlo y sanarlo. Voy, pues, a vos, tierno y fiel amigo, médico caritativo. Salvador omnipotente; voy a vos cansado del tumulto del mundo y de mis pasiones, cargado y agobiado del peso de mis iniquidades; alivíame, libradme, consoladme.

Lo segundo. *Jesús nos convirtió a aprender de él.* "Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis reposo para vuestras almas...."

¿En qué manera se aprende conversando con él, y por decirlo así, frecuentándolo, estudiándolo, meditando sus palabras y considerando sus acciones?.... ¿Qué cosa se aprende de él? Se aprende que esta lleno de dulzura y de humildad, que es bueno y compasivo, que no es un Señor fiero, altanero y duro ó intachable, que es un Señor lleno de ternura y que piensa solo en colmarnos de bienes, un Señor que se deja despojar por la caridad y aniquilar por la humildad. Sujetémonos, pues, a sus órdenes, sigamos sus leyes, abracemos su doctrina é imitemos sus ejemplos. ¡Ay de mí! ¿cuánto tiempo ha que estamos en la escuela de Jesucristo, sin haber aprendido aun esta lección tan simple y tan fácil de la dulzura y de la humildad? Nada hemos aprendido aun, porque esta lección es el fundamento y el compendio de toda la religión....

¿Si nos dejamos aun ver llenos de fiereza y de altanería, ardientes, impacientes, prontos a la vanidad, obstinados en nuestros sentimientos, críticos en nuestras palabras é impetuosos en nuestras operaciones, a qué escuela vamos? No, seguramente no vamos a la de Jesús; esto se aprende en la escuela del mundo, y así nosotros somos aun discípulos del mundo y no de Jesucristo. ¿Cuál es el fruto de las lecciones de este divino Salvador? El reposo del alma, la tranquilidad del espíritu y la paz del corazón. En vano buscamos en otra parte que en la dulzura y en la humildad este reposo; no encontramos por otras partes otra cosa que afanes, agitaciones, inquietudes, contiendas, incertidumbres, embarazos y envidias. Seamos dulces, suaves, pacientes, humildes y sumisos, que bien presto, seguros en nuestra fe, pacíficos en nuestra conducta y tranquilos en el seno de la Providencia, gozaremos de una calma tan perfecta que nada podrá inquietarla.

Lo tercero. *Jesucristo nos convirtió a que nos sometamos y sujetemos a él.* "Tomad sobre vosotros mi yugo.... porque es suave mi yugo y ligera mi carga...."

¿Qué cosa es el yugo y el peso de Jesucristo? Su yugo es su ley y su peso su cruz; a estas palabras se estremera la naturaleza. ¿Pero ah! No nos engañemos. El demonio, las pasiones y el pecado tienen su yugo y su carga. No se trata aquí de escoger entre llevar el yugo ó no llevarlo; se trata de escoger y llevar ó el yugo de Jesucristo, ó el yugo y el peso del pecado.... ¿Por qué nos dice Jesucristo: *tomad sobre vosotros mi yugo?* Dice *tomad mi yugo* para declararnos que su yugo no es un yugo de esclavitud, sino de libertad y de redención. Nosotros nacemos bajo del yugo del demonio, del pecado y de las pasio-

nes. Solo con tomar libremente el yugo de Jesucristo po lemos salir de esta vergonzosa y cruel esclavitud.... Jesús nos dice: *tomad sobre vosotros; ll-vad sobre vosotros mi yugo*, para hacernos comprender que así como nosotros lo tomamos libremente, lo debemos tambien llevar alegremente y públicamente, que debemos tener un particular gusto en llevarlo, que debemos reputarlo por un grande honor, y que debemos poner en él todas nuestras delicias y nuestra gloria.... ¿Qué cosa promete Jesucristo a aquellos que llevarán su yugo y su carga? Les promete que hallarán su yugo lleno de dulzura y su carga infinitamente ligera. ¿Cómo, pues, puede ser esto? Porque debajo de este yugo y debajo de este peso estamos en el orden y en el estado en que Dios nos quiere; porque Jesucristo nos ayuda a llevar lo uno y lo otro con su gracia, y finalmente, porque estamos sostenidos de la esperanza inmortal de los bienes de la gloria. Al contrario, bajo del yugo del pecado vivimos en el desorden, sin tener quien nos conforte, sin esperanza, y atormentados del temor de un Dios justo, que tomará venganza a su tiempo de nuestras iniquidades. Promesa del Salvador confirmada por la experiencia: seamos mas fieles a su ley y mortifiquemos mas nuestras pasiones, hagámonos mas violencia y practiquemos mas las obras de penitencia, y experimentaremos mas las dulzuras que trae consigo su servicio.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh yugo amable de mi Salvador! He sido feliz siempre que te he llevado, y cesé de serlo solo cuando engañado del atractivo de un falso deleite, he inclinado el cuello al yugo de mis pasiones. ¡Yugo de hierro! ¡peso enorme! ¿Y habita cuando gemiré en tan dura esclavitud? Libradme, ¡oh Señor y Salvador mío! rompé mi lazo, restituidme la libertad; os la pido para consagrarla únicamente a vos y dedicarme enteramente a la observancia fiel de vuestra santa ley. Amen.

MEDITACION XCIV.

LA PECADORA PENITENTE EN CASA DE SIMÓN FARISEO.

S. LUCAS, c. VII, v. 36, 50.

El Evangelio nos representa aquí el retrato del amor penitente, y propone á nuestra reflexión: primero, su carácter; segundo, su apología; tercero, su recompensa.

PUNTO I.

CARACTER DEL AMOR PENITENTE.

Lo primero. *Es adiro para buscar la ocasión de manifestarse y de alcanzar el perdón.* "Uno

de los fariseos le rogaba (á Jesús) que fuese á comer con él; y habiendo entrado en casa del fariseo, se puso a la mesa; y he aquí una mujer que ora pecadora en la ciudad, cuando supo que estaba á la mesa en casa del fariseo, llevó un alabastro de unguento...."

Es creíble que esto que aquí refiere san Lucas sucediese en la ciudad de Naim, y que sea fruto de la predicación que poco antes había hecho Jesucristo al pueblo. A este discurso tan patético, lleno de amenazas contra los impetentes y de los mas tiernos convites á los pecadores, se halló una mujer cuyos desórdenes eran públicos; quedó conmovida, conoció el estado en que se hallaba, tuvo horror y resolvió salir de él sin perder tiempo. No dudó que el que había trocado su corazón y de quien había oído tan os milagros, era el verdadero Mesías que tenía la honestad de perdonar sus pecados.... Animada de esta fe, buscó la ocasión de manifestarle su dolor y de pedirle su gracia, y para no perder un momento tan precioso, sin esperanza, y atormentada de quien esperaba un beneficio tan grande. A estos mismos discursos asistió un fariseo llamado Simón, hombre respetable y que no estaba prevenido contra Jesucristo por los otros fariseos. Quedó edificado del discurso del Señor, y ó sea por condescendencia al nuevo profeta ó por examinarlo mas de cerca a su gusto, lo convidó a comer a su casa en compañía de otros muchos fariseos.... Jesucristo, que tenía otro designio de su misericordia sobre el mismo fariseo y sobre la mujer pecadora, aceptó el convite, y la pecadora atenta a todo no lo ignoró. ¡Oh Dios mío, qué grande es vuestra misericordia! ¡qué admirable vuestra providencia! ¡cuánto importa estar atentos a sus caminos para corresponder a sus designios!

Lo segundo. *El amor penitente es pronto y ardiente para acercarse de la primera ocasión que se presente.* "Y estando detras a sus pies...."

Después que la pecadora supo que Jesucristo debía comer en casa del fariseo, no perdió un momento de tiempo, no dilató ni esperó otra ocasión mas favorable; voló a su casa, cogió un vaso de alabastro de un precioso unguento y se fué a la del fariseo.... El empucho de presentarse delante de una asamblea de hombres que todos la conocian por pecadora pública, no la aterró; no tuvo miedo de los discursos de los hombres sobre su conducta, ni de las reprensiones que le podian dar sus cómplices por su nueva resolución. No tuvieron otro temor que el de Dios, otra vergüenza que la que lleva de suyo el pecado, otro amor que el del Salvador, entró en la sala del banquete y se puso detras de Jesucristo, de quien esperaba su salud.... Jesucristo, según la costumbre del país, estaba reclinado sobre un cojín, el rostro vuelto a la mesa, y con los pies descalzados hacia fuera. A estos pies adorables se postró la penitente en la postura mas humilde y

la mas repetitiva, y aquí sin ser vista del Salvador, aunque a la vista de los demás convidados, dejó correr las riendas á su dolor y a su amor.

Lo tercero. *El amor penitente es industrioso para aprovecharse de la ocasion que encuentra.* Comenzó a bañar los piés de Jesucristo con sus lágrimas, y a enjuagarlos con los cabellos de su cabeza, y los besaba y los ungió con el ungüento...

La mujer penitente puesta á los piés de Jesucristo, penetrada del mas vivo dolor y ardiendo en su santo amor, se halló en estado de no poder hablar ni una palabra; en un momento se llenaron de lágrimas sus ojos, se postró á los piés de aquel Señor de quien esperaba la gracia; fueron tan abundantes las lágrimas, que los piés de Jesucristo se inundaron; los enjugó con sus cabellos, los besó con respeto y los ungió con el precioso licor que llevaba. ¡Oh verdadero penitente, cuanto mas elocente es tu amor! Qué corazón no se enternecerá con tus lágrimas y no llorará amargamente contigo? ¡Ay de mí! mas he pecado que tú, mas que tú he abusado de las gracias que he recibido; ¿no debería yo, pues, derramar un torrente de lágrimas mas copioso que el tuyo á los piés de mi Salvador, y mas cuando estos sagrados piés han estado clavados ya en una cruz por mí? ¡Oh mujer generosa! ¡tu penitencia es un verdadero sacrificio, un holocausto perfecto! ¿Qué remedio mas propio para reparar los desórdenes de tu vida pasada, que hacer servir á tu reconciliación todo aquello que sirvió á tus pecados? Tú sacrificas a un justo dolor todo lo que sirvió á tus pasiones y para endulzarlas en los corazones de otros; tú santamente ofreces a Dios aquello que has empleado culpablemente para engañar; tus ojos eran el órgano de tus deseos, ahora son la primera víctima que ofreces; los desfigurás con la abundancia de tus lágrimas, apagas el fuego impuro y contagioso de tus miradas libres y homicidas en las aguas de la penitencia; sobre los piés de Jesucristo continúas sus movimientos desreglados que provocaban al desorden los corazones, y los concedes solo aquellos que reciben del mas profundo dolor; tu boca manchada se purifica besando con respecto los piés de Jesucristo, simbolo de tu reconciliación con Dios; aquellos cabellos que disponías con tanto artificio y servían para ornato de tu frente, ó por mejor decir, para pervertir los corazones, ahora esparcidos y sin ornato, sirven para enjuagar los piés del Salvador bañados con tu llanto; aquellos perfumes con que embalsamabas una carne pecadora que te habías fabricado en idolo, los derramas sobre la carne divina y vivificante de aquel Señor que solo mereco todos nuestros obsequios. De esta manera ofreces al Salvador en holocausto todo aquello que ha contribuido á tus placeres pecaminosos.

¿Cuál es el contento de tu alma en medio de este perfecto sacrificio? No habrás encontrado

jamás tanta satisfacción en el pecado como gustas dulzura en el ejercicio de la penitencia. Con todo esto, tu Salvador no te mira ni te habla; pero tú te tienes por dichosa solo con que te permitiera manifestarte tu amor, y en esto conoces que lo agradece. De hecho, sin acordarte en la santidad á la generosidad de tus acciones, este hombre Dios sostiene tu fervor; y así no te canses, sin proferir siquiera una palabra, no ceses de solicitar su gracia, continúa en disponerte, bien presto te hablará Jesús, presto volverá sobre tí sus divinos ojos y las palabras que te dirá pondrán el colmo á tu fortuna.

PUNTO II.

APOLOGÍA DEL AMOR PENITENTE.

“Viento pues esto el fariseo que lo habia convidado, decia dentro de sí mismo: Si este fuera profeta, ciertamente sabria quién y cual es la mujer que lo toca, porque es pecadora...”

El fariseo que era testigo de este extraordinario suceso, quedó del todo escandalizado, no de la mujer pecadora, porque lo que esta hacia no era del todo fuera de lo que se acostumbraba en el país, sino de que Jesucristo hubiese dejado que se acercase á él una mujer públicamente deshonrada por sus disoluciones, porque en la secta de los fariseos era un punto de religion no sufrir la compañía de los pecadores. Este hombre, decia el entre sí, no siendo de esta ciudad, puede, naturalmente hablando, ignorar los desórdenes de esta mujer; pero si fuera un profeta, conoceria con luz sobrenatural que esta mujer es una pública pecadora y no dejaria que se le acercase. ¡Oh, y cuán poco basta para destruir en nuestro espíritu la estimación que hemos concedido de nuestros prójimos, aun cuando sea bien fundada! Jesucristo tuvo compasión del error del fariseo, queria su majestad a un mismo tiempo iluminar á este, consolar la penitencia ó instruirnos a nosotros.

Primero. *Illuminar al fariseo.* “Y Jesús respondiéndole dijo: Simon, tengo que decirte una cosa. Y este dijo: Maestro, di...” Después de este preambulo de cortesia, para despertar la atención de los que estaban presentes, se explicó el Señor así: “Un acreedor tenia dos deudores, uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta; no teniendo ellos con qué pagar, perdonó á los dos. ¿Quién de los dos lo ama mas? respondió Simon: pienso que aquel á quien mas perdonó; y él le dijo: has juzgado rectamente...”

El designio del Salvador en esta pregunta era de hacer conocer que el fariseo soberbio amaba menos á Dios que la humilde pecadora. Con esta idea propuso la parábola en que delineaba á Simon y á la pecadora bajo los personajes de

dos deudores igualmente incapaces de pagar, y se representaba á sí mismo en la figura del acreedor caritativo que perdonaba á los dos toda la deuda. Condujo de este modo el Señor al fariseo á convenir en que debía amar mas á este caritativo acreedor aquel deudor á quien se le habia perdonado mas, y sobre esta decision formó este razonamiento. Tú juzgaste que el amor que inspira el reconocimiento, se debe medir por la grandeza del beneficio recibido; esta regla es justa; pero si has juzgado que el orden natural, después del perdón gratuito de un acreedor á dos deudores cuyas deudas son desiguales, aquel debe amar mas cuya deuda es mayor, en el orden de la gracia debes observar lo mismo en los deudores, esto es, en los pecadores penitentes, antes que se les perdonen sus deudas, que son sus pecados. Los mas culpados son por lo común los mas fervorosos; aman mas porque están cargados de un peso mayor de deuda; esperan y consiguen una mayor misericordia. Para convencerte no quiero hacer mas que compararte á ti con esta mujer que has despreciado...

Y vuelto (el Señor) á la mujer (que ya habia tiempo que esperaba que el Señor la miraria con compasión), le dijo á Simon: ¿Ve esta mujer? Yo he entrado en tu casa y no me has dado agua para mis piés, y esta ha bañado mis piés con sus lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos; tú no me has dado el beso (como era costumbre); y esta, desde que vino, no ha cesado de besar mis piés; no me has ungió la cabeza con óleo, y esta ha ungió mis piés con ungüento, por lo que te digo que le son perdonados muchos pecados...”

Así debes tú tambien juzgar segun tu propia decision, porque ha amado mucho, como lo ha manifestado, y tú mismo eres buen testigo, y menos ama aquel á quien menos se perdona. No respondió el fariseo, pero debió conocer claramente que Jesucristo no era un profeta, sino aquel que habian anunciado los profetas, el verdadero Mesias, en cuyas manos habia puesto su divino Padre su poder, todos sus derechos y la potestad de perdonar los pecados.—Dichoso fariseo si esta inestrucción del Salvador lo empeñó en amar con mas fervor á quien lo habia iluminado con tanta sabiduría, con tanta fuerza y con tanta bondad. Y dichosos tambien nosotros si amamos perfectamente un Dios que ha vinculado nuestra gracia y nuestra felicidad al sentimiento de amor al mas natural al hombre, el mas sensible y el mas vivo.

Segundo. *Es consolada la penitente.* Quién podrá comprender cual fué la admiración de esta mujer llorosa cuando vuelto á ella Jesucristo, oyó que no solo aprobaba, sino que alababa y ensalzaba tambien cuanto ella habia hecho por él, contando menudamente y ponderando todas las circunstancias? ¡Ah! ¿y quién no se esforzará á servir á un Señor tan bueno que todo lo ve y que cuenta todas nuestras acciones?

Tercero. *Tambien nosotros somos instruidos.* Aprendamos del fariseo á no despreciar á nadie y á no compararnos con ninguno si no fuese para humillarnos mas. ¡Ay de mí! por cuántos títulos somos inferiores á aquellos sobre quienes nos ensalzamos y á quienes nos preferimos! Muchas veces, en la misma sagrada mesa del Salvador, el mas justo es menos fervoroso que el pecador recién convertido. Aprendamos de esta mujer penitente á despedazar nuestros corazones con la compunción, á llorar nuestros pecados á los piés de Jesucristo, á emplear en su servicio y hacer servir á la penitencia la carne que ha servido al pecado, á hacer servir para el ornamento de sus altares y para socorro de sus miembros necesitados, los bienes que hemos empleado en el lujo y en la vanidad, y finalmente, aprendamos del Salvador que él es el acreedor compasivo, pronto siempre á perdonar todo el débito si sinceramente se lo suplicamos; que nosotros somos sus deudores; que nuestras deudas son nuestros pecados; que todos estamos cargados de ellos, mas y otros menos, pero todos igualmente impotentes de pagar; que el que ha pecado mas, debe procurar amarlo mas, y el que menos peso, se debe esforzar á no amarlo menos. Aprendamos del Señor, que es rico en misericordia, y que pide de nosotros lo aminorado con tanto mayor fervor cuanto mas gravemente lo hemos ofendido, que con estas condiciones no solo no nos condenará en el último día, sino que hará él mismo nuestra defensa y nuestro elogio en presencia de todo el mundo junto.

PUNTO III.

RECOMPENSA DEL AMOR PENITENTE.

Lo primero. *El perdón de los pecados.* “Y a ella le dijo: te son perdonados tus pecados...” El Salvador asegura á esta mujer que Dios tiene de ella misericordia. No es contenta de haberlo ya declarado hablando á Simon; quiere darle á ella misma una sólida y cumplida consolación, quiere que ella guste la paz inefable de una alma restablecida á la gracia, y que oiga de su misma boca: “te son perdonados tus pecados...” ¡Oh poderosas palabras llenas de consuelo! Jesucristo es el que las pronuncia aun ahora por boca de sus ministros, y tienen en nosotros el mismo efecto cuando llegamos al sacramento de la penitencia con las debidas disposiciones... Los fariseos convidados tambien á la misma mesa, murmuraron en secreto... “Y los convidados comenzaron á decir dentro de sí: ¿quién es este que perdona á los pecados?...” Este espíritu fariseico reina aun entre muchos de nosotros que no se contentan con murmurar en secreto, sino que públicamente se quejan, llegando hasta per-

turbar la paz de la Iglesia, porque se tratan los penitentes con demasiada benignidad y dulzura.

Conviene ciertamente huir de una demasiada blandura é indulgencia que haría que el pecador se quedase y continuase en el pecado; pero también se debe huir el demasiado rigor respecto de un penitente tocado de la gracia y que recurre al Padre de las misericordias con un espíritu de contrición, de amor, de confianza y de humildad. Deben los ministros de Jesucristo usar de toda precaución, exámen y prudencia para absolver los pecadores, y estos no deben quejarse de las pruebas a que se pone la sinceridad de su conversión, ni de las sabias dilaciones a que varias veces es necesario recurrir para su verdadera reconciliación con Dios.... Esta, que se pretende sea severidad, es una conducta no solo llena de religión, sino también de misericordia. La dilación y las pruebas deben tener su término, pues el prolongarlas más de lo justo, es exponer el pecador, y no sería suministrarle un medio para su conversión, sino motivos de pusilanimidad y ocasión de recaídas. En este punto, como en todos los demás, es necesario huir de los extremos viciosos. Sobre todo, más se debe temer el dar en el extremo de excesiva dureza cuando una persona es naturalmente inclinada a la severidad y al rigor con otros. Jesucristo nos ha dejado ejemplos y preceptos de dulzura y benignidad para con los verdaderos penitentes.

Lo segundo. *La recompensa del amor penitente es la salvación y la sanidad del alma.* Jesucristo no quiere responder a las quejas internas de los fariseos, ni descubrir sus pensamientos. Su sanidad le hizo á veces hablar y callar. Sufría la misma disposición que tenían estos judíos y dijo á la mujer penitente la consolación de la buena conciencia: "Y le dijo á la mujer: tu fe te ha salvado...." Tanto por lo que toca al cuerpo como por lo que mira al alma, hay un estado de sanidad y de fuerza tal, que es algo más que la exención para de la enfermedad.... La frecuencia del sacramento de la penitencia procura al alma esta fuerza, y por decirlo así, esta sanidad espiritual que le da valor para los ejercicios de la virtud y constancia en la práctica del bien. Si las almas piadosas que frecuentemente se llegan á este sacramento se hallan aun en estado de flaqueza y de debilidad, no lo deben atribuir á otra cosa que á su poca fe. Examinen estas si frecuentan este sacramento con verdadero espíritu de fe, si en llegarse á él hay algún motivo humano, á uso, ó el hábito, ó la vanidad, ó la ostentación. Si la confianza que tienen en el ángel visible, en el confesor que las guía, es del todo según la fe, si ven solo en él el ministro de Jesucristo, á Jesucristo mismo; si la manera con que le hablan es efecto de su fe; si los motivos porque lo han escogido y porque continúan con él ó porque algunas veces lo mudan dimanen de la fe.... ¡Oh, y cuántos bienes se pierden muchas veces por fal-

ta de esta fe práctica! ¡cuántos pecados y cuántas profanaciones se experimentan, á cuyo abrigo viven ciegas tantas personas! La mujer penitente vió solo en Jesucristo el Mesías prometido á Israel, vió su Salvador y á Dios, y esta fue la fe que la salvó. Esta mujer fue la sola, ó por lo menos la primera que haya buscado á Jesucristo únicamente por el perdón de sus pecados.

Lo tercero. *La recompensa del amor penitente es la paz del corazón.* Las últimas palabras que dijo el Salvador á esa dichosa y santa penitente, pusieron el sello á su felicidad y á su perfecta reconciliación. *Vete en paz.* ¡Oh dulce paz! ¡oh dulce fruto de la verdadora penitencia! Los más grandes pecadores lo experimentan firmemente, cuando después de haber examinado exactamente su conciencia, sin adularse, después de estar penetrados de dolor y de amor á los pies de un Dios ofendido y después de haber vencido todo respeto humano y toda vergüenza dañosa, descubren todos sus desórdenes, sin disimular cosa alguna. Pero ¿cómo ó por qué parece muchos veces que algunas almas piadosas que temen el pecar más que á la muerte, se hallan privadas de esta dulce paz y agitadas en su conciencia. ¿Experimentan las más vivas inquietudes sobre sus pecados y sobre las confesiones que han hecho? ¡Ah! Este es un artificio del enemigo de la paz, que perturba estas almas para robarles el fruto de su penitencia, para impedirles el adelantamiento en la perfección y quitarles el gusto de la virtud, y si pudiese ser haríales volver atrás. Almas inquietas, resistid al enemigo de vuestra salud en una perfecta confianza en la bondad y en la misericordia de nuestro Salvador.... Vosotras habéis hecho cuanto él os ha mandado, cuanto esta de vuestra parte para volver á su gracia: os manda por ventura otra cosa? ¿será la confesión una red que os haya tejido él para engañaros y cogeros? ¡Ah! ¿por qué os consumís en tantas inquietudes cuando os debéis consumir en amarle? Si pondéis ya vuestros pecados perdidos y no os ocupáis en otra cosa que en mostrarle vuestra gratitud y vuestro reconocimiento. Si están perdonados ya vuestros pecados, vuestra inquietud ofende al que os los ha perdonado; si no lo está, vuestra inquietud nada alcanzará para conseguir el perdón. El amor solo puede obrar este milagro y reparar cuantos defectos pueda haber habido en vuestra penitencia; más no inquietudes por lo pasado y más fervor al presente: amad mucho; el amor es el más seguro indicio del perdón de los pecados. Amad y gozaris la paz, que es la recompensa del amor penitente.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Dios mío! vuestro amor sea el principio y el alma de mi penitencia; mi dolor sea de haber ofendido á un Dios tan bueno, á un Padre tan amable y tan benéfico. Haced, Señor, que os

ame mucho, porque es mucho lo que he pecado. Haced que merezca que se me perdonen todos mis pecados después que os habré amado mucho. ¡Ah! encendí en mi corazón este fuego del amor divino, que de la mas despreciable entre las mujeres, hizo en un momento el objeto de vuestras ternuras, y purificándola la volvió digna de vos, para que yo participe de la recompensa de su amor en el tiempo y en la eternidad. Amen.

MEDITACION XCIV.

SANTAS MUJERES SIRVEN A JESUCRISTO EN SUS MISIONES.

S. Luc., c. VIII, v. 1, 13.

Consideremos: primero, los beneficios que estas recibieron de Jesucristo; segundo, el reconocimiento que le mostraron durante su vida; tercero, el afecto y devoción que le conservaron después de su muerte.

PUNTO I.

LOS BENEFICIOS QUE RECIBIERON DE JESUCRISTO.

"Y aconteció después que Jesús andaba por las ciudades y aldeas predicando y anunciando el reino de Dios, y los doce con él.... y algunas mujeres que habían sido sanadas de los espíritus malignos y de enfermedades: María que se llamaba Magdalena, de la cual había echado siete demonios...."

Primero. *El primer beneficio que habían recibido estas santas mujeres de Jesucristo fué la sanidad del cuerpo.* Las había sanado de sus enfermedades y algunas habían sido libradas del demonio. La sanidad del cuerpo entre todos los beneficios de Dios es el más sensible y el que más naturalmente nos excita el reconocimiento. ¿Cuántas veces hemos recibido nosotros de Dios este beneficio? ¿y en qué le hemos mostrado nuestra gratitud? ¿cuántas veces hemos prometido á Dios en el tiempo de las enfermedades que si nos restituía la sanidad, la habríamos empleado en su servicio? ¿cómo hemos cumplido esta promesa? Reconozcamos, lloremos y reparemos nuestra ingratitude.

Segundo. *Segundo beneficio, la remisión de sus pecados.* La sanidad de los cuerpos que Jesucristo obraba era la figura de la sanidad del alma, que daba al mismo tiempo, como el mismo Señor nos lo da á entender, declarando formalmente á muchos de los que habían sanado, que sus pecados les habían sido perdonados.... La cura de la Magdalena había sido singular, según lo era su estado, y por eso el Evangelio habla de ella expresamente. Y no hay que maravillarse que es-

ta mujer haya estado poseída de siete demonios, pues hemos visto en otra parte un hombre poseído de una entera legión. ¿No es por ventura ser verdaderamente librados del demonio el ser librados del pecado? Ahora pues, ¿cuántas veces hemos recibido de Dios este grande beneficio? ¿ha salido acaso de nosotros un solo demonio? ¿han sido acaso solos siete? Llamemos, si es posible á nuestra memoria el número, y penetrados de la diversidad de nuestros pecados, y penetrados de reconocimiento para con nuestro libertador, consagrémonos enteramente á su santo servicio.

Tercero. *Tercer beneficio, el don de la fe.* No era posible obtener una milagrosa sanidad del Salvador sin creer en él; así bien requería esta creencia para ser sanados. Y ¡oh, cuánto más se activaba esta fe por la sanidad misma! Nosotros hemos recibido este don precioso de la fe en Jesucristo, en nuestro bautismo, y desde nuestros más tiernos años hemos sido instruidos de los divinos misterios que incluye esta fe adorable y los bienes eternos que nos promete. Finalmente, hemos venido al mundo en el más claro del día de esta misma fe, cuando reinaba con toda su majestad y esparcía por todas partes sus más vivos resplandores. Ahora pues, ¿cómo nos hemos aprovechado de un beneficio tan grande y tan especial? ¿hemos conservado en nuestro corazón este don precioso? ¿lo hemos amado? ¿lo hemos honrado? ¿lo hemos defendido? ¿no nos hemos avergonzado de él algunas veces? ¿no nos hemos expuesto á peligro de perderlo con discursos ó con la lección de algunos libros prohibidos?

PUNTO II.

DEL RECONOCIMIENTO QUE MOSTRARON Á JESUCRISTO DURANTE SU VIDA.

"Y Juana, mujer de Chusa, procurador de Herodes, y Susana y otras muchas, las cuales lo herieron de sus facultades...."

Lo primero. *Estas santas mujeres le consagraron sus bienes.* Jesucristo era pobre; caminaba acompañado de sus doce apóstoles, también pobres como él. No hizo jamás milagro alguno por sus necesidades particulares, pero su subsistencia ni para la de sus discípulos. En las ciudades se hallaban personas que tenían á grande honor el recibirlo á su mesa, y otras daban algunas limosnas á sus apóstoles; pero en las campañas y en los lugares pequeños donde lo guiaba al cielo, bien lejos de encontrar socorro, no encontraba más que pobres, á quienes hacía distribuir la mayor parte de las limosnas que les habían suministrado. Era justamente en esta ocasión cuando las santas mujeres ricas y señoras de sus bienes, proveían con su propio cuidado y di-

gencia á Jesucristo de las cosas necesarias.... De esta manera cooperaban de algun modo al establecimiento del reino de Dios y participaban del ministerio y de la recompensa de los apóstoles.... Si Jesús presenta aquí en su persona el ejemplo del desinterés á los ministros del Evangelio, nos da tambien en la persona de las santas mujeres que lo socorrian, un ejemplo de la manera con que podemos mostrarle nuestro reconocimiento. Es, pues, un órden establecido por el ejemplo del mismo Jesucristo, que si las mujeres cristianas no pueden enseñar las verdades del Evangelio, no habiendo recibido la gracia de la misi6n apost6lica ni la potestad de anunciar la palabra divina, pueden no obstante tener parte en el ministerio evangélico, 6 sea con limosnas, 6 sea con tomar á su cuidado el proveer á las necesidades de los ministros. Jesucristo permitia que ellas le asistieran con sus bienes en sus necesidades, no por la comodidad de la vida, sino por no ser ni hacerse gravoso á alguno en los lugares por donde andaba. San Pablo ha mostrado la justicia de estos socorros de caridad, aunque por lo comun no se sirve de ellos. Este grande ap6stol trabajaba con sus manos para no retardar, como él decia, el progreso del Evangelio; pero hablaba á los gentiles y vivia entre ellos, y Jesucristo y los ap6stoles en Judea y entre judios.

Lo segundo. *Ellas santas mujeres le contragaron sus personas.* No se contentaban con los socorros pecuniarios que daban al Salvador; lo seguian ellas mismas, se iban á los lugares por donde debia pasar 6 á donde debia pararse. Le servian á él y á sus discipulos, asistian á sus discursos, veian los milagros que obraba, y muchas veces se hallaban en las instrucciones particulares que hacia á sus ap6stoles; entraban como ellos, aunque con alguna diferencia, en los mas secretos misterios del reino de Dios, mostrando de este modo á Jesucristo su reconocimiento, y recibian cada dia nuevos favores; lo mismo experimentaremos nosotros á medida de la generosidad con que nos dediquemos á servirlo.

Era costumbre recibida entre los judios, segun todos los santos padres, que las mujeres siguiesen á los hombres y los oyesen para aprender la ley de Dios. De este modo no habia que temer algun escándalo. No era así entre los gentiles, donde esta costumbre no era conocida, ni se recibia esta libertad; de donde es que san Pablo no queria permitir á las mujeres convertidas que lo siguiesen.

Lo tercero. *Ellas santas mujeres le consagraron su corazón.* Se puede agrandar á Jesucristo con solo el corazón.... Las tres santas mujeres que se han nombrado, eran solteras y libres de los empeños del mundo, Juana era viuda y sin hijos; Magdalena y Susana nunca habian sido ca-

sadas ni lo fueron jamás; eran señoras de sí mismas, siguieron á Jesucristo y se dedicaron á su servicio. ¡Oh suerte feliz y bienaventurada! ¡Oh feliz eleccion, y cuán digna es de ser imitada por las personas que se hallan en su misma situacion!... Entre las otras mujeres que seguian á Jesucristo, que aquí no se nombran, habia algunas casadas; ningun estado está excluido del servicio de Dios, de la esperanza de poderle agrandar y de obtener singulares favores.... Estas santas mujeres supieron hallar el secreto de consagrarse al servicio de Jesucristo sin faltar á las obligaciones de su propio estado.... Algunos se lamentan de los embarazos del propio estado, por excusar su propia tibieza en el servicio de Dios; mas si el corazón fuese todo de Jesucristo, se encontraría el medio de conciliar todas las

00895.

PUNTO III.

LE ADHESION QUE CONSERVARON Á JESUCRISTO DESPUÉS DE SU MUERTE.

Lo primero. *Ellas se dispusieron á embalsamarlo.* Aunque deberemos hablar de esto mas largamente donde han hablado los evangelistas, podemos decir desde ahora alguna cosa en general.... Observemos primeramente que entre estas santas mujeres, Maria Magdalena tiene el primer lugar, y fué tan digna de consideracion y de particular distincion por su grande ánimo, por su celo, por su constancia y por su amor, como por la singularidad de haber estado poseida de los siete demonios de que la libró el Señor: entre las santas mujeres, los evangelistas nombran siempre la Magdalena la primera, como á Pedro el primero entre los ap6stoles: esta fué la primera que fué al sepulcro, la primera que vió á Jesucristo resucitado, la primera que anunció su resurreccion á los ap6stoles. Juana es nombrada tambien entre las que fueron al sepulcro y anunciaron la resurreccion del Salvador: Susana no se vuelve á nombrar ya mas; pero sin duda estaba con Magdalena y con Juana cuando quisieron ir á embalsamar el cuerpo de su divino maestro.

Lo segundo. *Ellas vieron á Jesucristo subir al cielo.* Unidas á los ap6stoles con aquel puro y agrado vinieron que las habia unido á Jesucristo después que las instruyó de su resurreccion, siguieron sus mismos pasos; volvieron con ellos á Galilea y á Jerusalem; con ellos estuvieron en el monte de las Olivas y tuvieron el inefable consuelo de ver á su divino Maestro dejar la tierra y elevarse al cielo.

Lo tercero. *Ellas recibieron el Espíritu Santo con los ap6stoles.* Después de la ascension perseveraron en oracion con los ap6stoles hasta el dia de Pentecostés, y recibieron con ellos el

Espíritu Santo, no como ellos para predicar, sino para acabar de santificarse segun la proporcion de su estado y segun la medida de la gracia que se les habia comunicado.

PETICION Y COLOQUIO.

Es cosa sorprendente, ¡oh Jesús! que estas santas mujeres no hayan querido abandonaros después que vos las librasteis de la tiranía del demonio. ¡Oh, y cuán bien se está estando con vos, ¡oh Salvador mio! después de haber experimentado otros señores! Interceded por nosotros, ¡oh santas mujeres! y alcanzadnos la gracia de imitaros. Amen.

MEDITACION XCVI.

SANA JESUCRISTO UN ENFERMO DE TREINTA Y OCHO AÑOS EN LA PISCINA DE JERUSALEN.

S. Juan, c. V, v. 1, 16.

Examinemos las circunstancias que preceden, las que acompañan, y las que siguen á este milagro.

PUNTO I.

CIRCUNSTANCIAS QUE PRECEDEN ESTA SANIDAD.

La primera. *El tiempo.* "Era el tiempo de una fiesta de los judios." Después de esto, siendo la fiesta de los judios, subió Jesús á Jerusalem...."

Hemos visto en la meditacion precedente cómo Jesucristo acompañado de sus doce ap6stoles, iba recorriendo las ciudades y las aldeas. Continuando este ejercicio de su celo, llegó con ellos á Jerusalem. Después de su vida pública solo habia estado una vez en esta capital, y vino esta segunda para pasar allí la fiesta que se celebraba. Instruir á los judios y darles nuevas pruebas de su divinidad.... Las grandes fiestas son tiempo de gracias, de salud, de instruccion y de santificacion. "Pero cómo nos preparamos nos

1 "Esta fiesta, segun la opinion mas probable, era la de las suertes, establecida por Mardoqueo, como está escrito en el c. IX, v. 20 y 22 de Ester; era fija en el mes de Adar, que es el duodécimo y último del año sacro ó eclesiástico; este comenzaba en el mes de Nisan, en que se celebraba la Pascua. La fiesta de las suertes caía segun esto el dia 14 ó 15 de la luna de febrero, como la Pascua el dia 15 de la luna de marzo; de esta manera no tenemos que admirarnos si san Juan en el capítulo siguiente, esto es, en el VI, v. 4, dice que la fiesta de la Pascua estaba cerca."

otros para ellas? ¿cómo las celebramos? ¿nos ponemos en estado de llegar á los santos Sacramentos en estos dias?

La segunda. *El lugar.* "Y está en Jerusalem una piscina probatica, que en lengua hebrea se llamaba Bethesda, que tiene cinco pórticos...."

En este lugar habia una piscina; esto es, una fuente 6 baño inmediato á una de las puertas de la ciudad, cercado de cinco pórticos 6 galerias cubiertas. Esta piscina tenia el mismo nombre que la puerta donde estaba situada, llamada en latin *probatica*, de otro nombre griego que significa *cajeja*, y en hebreo Bethesda, que significa lugar de provisiones, porque por esta puerta se introducía de la campaña el mayor número de corderos, de ovejas y de otros animales necesarios para los sacrificios del templo.... Esta piscina nos representa naturalmente las fuentes bautismales 6 pilas, 6 vasos de agua bendita puestas á las puertas de nuestras iglesias, y sobre todo, los tribunales de la penitencia, que son otros tantos baños instituidos para purificar nuestras almas, y que traen su virtud de los méritos del Cordero sin mancha que cada dia se sacrifica en nuestros altares.... Demos gracias á Dios por haber multiplicado de este modo estos baños saludables en su Iglesia, y examinemos cómo nos aprovechamos de ellos.

La tercera. *La asamblea.* "En estos (pórticos) yacia gran multitud de enfermos, de ciegos, de cojos, y de paralíticos, que esperaban el movimiento del agua...."

Los pórticos de la piscina estaban llenos de un número infinito de enfermos de todas las clases, que esperaban el momento de conseguir su sanidad; habia tambien un gran número de hombres sanos, entre los cuales unos estaban ocupados en socorrer, entretenir y consolar los enfermos, y otros muchos estaban allí para ser testigos del milagro que Dios habia de obrar.... Ninguna cosa nos representa mejor aquel gran número de penitentes que con tanta edificacion rodean y cercan los tribunales de penitencia en los dias de solemnidad. ¡Ay de mí! ¿no seria aun mucho mayor este número si tuviéramos tanto deseo de la salud del alma como tenemos de la del cuerpo? ¿y los que se presentan á aquellos van con las disposiciones necesarias para recibir la sanidad?

La cuarta. *La virtud de la piscina.* Porque el ángel Señor en un cierto tiempo bajaba á la piscina, y se movia el agua. Y cualquiera que fuese el primero á bajar á la piscina, después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquiera enfermedad que fuese detenido...." No se sabe si el ángel bajaba una sola vez al año y en uno de los dias de la solemnidad de que aqui se trata, 6 si bajaba del mismo modo en las grandes festividades. Sea esto como se fuese, esta maravilla única en el mundo fué con-

condida solamente á la ciudad de Jerusalem y al tiempo de la venida del Mesías; esta anunciaba al ángel del gran consuelo, aquel que Dios debía enviar á los hombres para preparar con su sangre un baño saludable, que sanase sus almas de todas enfermedades. Pero esta piscina saludable que es el bautismo y la penitencia, no es ya privilegio de una sola ciudad, de un tiempo ó de un día; por todas partes, en todos tiempos, en todos los días podemos nosotros bajar á ella y ser curados de nuestras enfermedades. No lo dilatemos, pues, y principalmente en aquellos momentos en que la gracia con remordimientos útiles, ó la voz de algún hombre de Dios mueva y turbe el fondo de nuestra conciencia. ¡Ah! aprovechémosnos sin dilación de esta dichosa agitación. No busquemos la calma en otra cosa que en nuestra perfecta sanidad, y no perdamos por nuestro descaído un favor de que otros sabrían bien aprovecharse con nuestra confusión.

La quinta. *La enfermedad de aquel que Jesucristo sana.* “Y había allí un hombre, el cual había padecido treinta y ocho años en su enfermedad...”

Hay apariencias de que este fuese un paralítico. Lo que nosotros sabemos es que estaba afligido ya había treinta y ocho años por su enfermedad. Talista imagen de un pecador habitual, que de largo tiempo está viviendo en el pecado sin acercarse á la penitencia. Su desgracia es que cuanto más lo ha dilatado, más lo quiere dilatar. Toma lugar al sagrado tribunal porque ya ha mucho tiempo que no se ha confesado. ¡Ah! ¿Qué temas, pecador? ¿Te darán alguna reprobación? recibela con humildad: ¿te negarán por la primera vez ó te dilatarán la absolución? tú persistirás, tú suplicarás. ¿Acaso tus pecados no merecen estas pruebas? ¿Y será mucho si á este precio puedes conseguir tu sanidad? Pero ¿quién te ha dicho que por lo contrario no te acerquen con benignidad, con bondad, con caridad y con ternura? ¡Ah! no lo dilates; tolera con humildad las primeras pruebas y no dudes del buen éxito: no habéis ministro alguno de Jesucristo que no te reciba con entrañas llenas de compasión y de misericordia.

PUNTO II.

CIRCUNSTANCIAS QUE ACOMPAÑAN LA SANIDAD.

La primera. *La mirada de Jesús sobre el enfermo.* “Y habiéndole Jesús mirado á este, que estaba tendido, y conociendo que tenía mucho tiempo...”

¡Mira! ¡preciosa! ¡Mira! de compasión y de amor! ¡Ay de mí! Si Dios no nos mira con ojos de piedad, si no nos previene con su gracia, na-

da podemos nosotros, ni siquiera conocer la enfermedad de nuestra alma, ni desear su salud.

La segunda. *Pregunta de Jesucristo.* “¿Le dije: ¿quieres ser sano?...” El Salvador, que no ignoraba ni la naturaleza del mal ni el largo tiempo de su aflicción, sabía también que el enfermo suspiraba por su salud; pero le convenía hacer que él mismo confesara la viveza de sus deseos y la insuficiencia de sus esfuerzos.... ¿Cuántas veces nos ha dicho Dios: “¿quieres tú ser sano...?” Nosotros lo queremos ciertamente, y algunas veces con demasiado ardor; pero esta voluntad que tenemos por las enfermedades del cuerpo, no nos falta por lo común en las enfermedades del alma? Y ciertamente sin esta voluntad no se pueda obrar esta sanidad espiritual. Esta voluntad incluye una detestación sincera del pecado, un exímon exacto, una confesión entera de las culpas de que nos conocemos reos, y una resolución firme y estable de no pecar ya más. Si es tal nuestra voluntad de recibir la sanidad, seguramente la recibiremos. Si hasta ahora nos mantenemos en nuestras enfermedades, es señal que no queremos ser sanos. Pílamos á Dios esta voluntad, pídmole que la aumente en nosotros, que la fortifique y que la sostenga. Él conoce nuestra enfermedad, conoce nuestra firmeza y todo lo que hay en nosotros mejor que nosotros mismos.

La tercera. *Respuesta del enfermo á Jesucristo.* Este afortunado enfermo no conocía de suerte alguna al que le preguntaba, y mucho menos sabía lo que podía esperar de él.... “Respondióle el enfermo: Señor, yo no tengo hombre que me eche en la piscina cuando el agua está agitada; y así cuando yo me acerco otro baja antes que yo...” Imagen bien natural de la distribución de las gracias y de los bienes de este mundo, tras los que tantas personas corren, suspiran y consiguen tan poco. No se dan estas gracias á la necesidad, á la pobreza, á la buena voluntad, á los esfuerzos, á los servicios, á los talentos, al mérito ni á la virtud. Disponen de ellas el favor, el crédito, la protección, y las dispensan con una extravagancia, que frecuentemente deja burlada la expectación de aquellos cuya esperanza parecía mas bien fundada. ¡Ah! no es así por cierto en los bienes de la gracia: el que los quiere, el que los pide, el que trabaja por adquirirlos está seguro de alcanzarlos. Podremos nosotros decir que no tenemos personas que nos ayude? ¡Ay de mí! no nos faltan pastores, ministros iluminados; nosotros somos los que faltamos á ellos.

La cuarta. *Mandato de Jesucristo y obediencia del enfermo.* “Dijole Jesús: alzáte, toma tu cama y camina...” Estas palabras están llenas de grandeza y de majestad. Jesucristo las pronuncia, el mal cesa y el enfermo queda sano. “Y en aquel instante el que quedó sano cogió su cama y caminaba...”

Acerquémonos al tribunal de la penitencia con santas disposiciones, y la palabra de Jesucristo en la boca del ministro, no será menos eficaz para nuestra sanidad espiritual. Mas para asegurarnos nosotros mismos de nuestra sanidad, observemos en qué manera recibimos y ejecutamos las órdenes que se nos dan. Orden de alzarnos, de salir de aquella ocasión, de separarnos de todo comercio peligroso, de romper aquel empeño, aquella compañía, aquella familiaridad, aquel hábito, y de renunciar á aquel pecado dominante; orden de quitar aquel escándalo, de sofocar aquel odio ó enemistad, de restituir aquellos bienes mal adquiridos, aquella reputación denigrada, de arrojarse á las llamas aquellos libros prohibidos, aquellas pinturas lascivas; orden de caminar en el camino de la penitencia y de la piedad; orden de orar y de velar, de mortificarnos, de entablar una vida cristiana y de hacer buenas obras. Si nada de esto hacemos, ó á lo menos si no hacemos algún esfuerzo para vencer nuestra flojedad por estos puntos, ¡ah! no estamos nosotros sanos.

La quinta. *Observación del día en que se hizo este milagro.* “Aquel día era sábado...” Las grandes fiestas de los judíos duraban ocho días. De los cuales solamente el primero, que la fiesta era celebraban con abstinencia de trabajar. El sábado que era penitente la fiesta era el día mas solemne, y este fué cabalmente el que Jesucristo escogió para obrar esta maravilla, con el fin de que el reposo del sábado proveyese un número mayor de testigos del milagro y de que así los habitadores de Jerusalem se dispusiesen mejor á creer en él. Pero los principales y cabezas del pueblo debían escandalizarse y tomar de aquí ocasión para desacreditarlo, perseguirlo y hacerlo morir. Los designios de Dios se dirigen en todo al bien de los hombres, y el al uso que hacen los malos, no es capaz de alterar el orden de sus decretos. El Señor regula sus operaciones sobre los principios de su sabiduría y no sobre la malicia de los hombres, y en esto nada hay de sorprendente: lo mas admirable de todo es que por caminos superiores á toda inteligencia creada, hace servir la malicia de los malos á su propio castigo, al aumento de su gloria y á beneficio de los buenos. De esta manera el escándalo de los judíos procurará la sublime instrucción que veremos en la meditación siguiente, y su odio contra Jesucristo y la muerte que le hicieron padecer serán la causa de la salvación del universo. Principio inconcuso con que se responde á tantas cuestiones temerarias é impías, y que nos enseña á no razonar sobre las obras de Dios, sino á aprovecharnos de ellas.

PUNTO III.

CIRCUNSTANCIAS QUE SE SIGUIERON Á ESTE MILAGRO.

Lo primero. *Consideremos en el hombre ya sano, su respuesta al escrípulo hipócrita de los judíos.* El pueblo testigo de una sanidad tan imprevista y tan perfecta, se quedó sin duda admirado. Pero los judíos, esto es, los fariseos y escribas del pueblo y de la sinagoga, era perseguido ya de largo tiempo contra Jesucristo y no pudiendo dudar que fuese él el mismo que habiéndole vuelto de Galilea, donde era reputado por Talmaturo, hubiese obrado aquí milagro, pusieron solememente su atención en lo que podía suministrarles un pretexto para censurarlo y desacreditar al autor. Se la tomaron primero con el hombre que había sanado, y de su fortuna le hicieron un delito. “Le decían, es sabado, y no te es lícito llevar tu cama; y el que respondió: ¡que me ha sanado me ha dicho, carga tu cama y camina...” Como si la hubiera dicho: yo no sé otra cosa que aquello que se me ha mandado; el que me ha sanado es el que me lo ha dicho que lleve mi cama; habiéndome él sanado, sale muy bien lo que me es permitido hacer; y yo lo hago; el que me es permitido hacer, para hacer un milagro, sin duda está bien iluminado; para instruir me...” La mudanza de costumbres en un alma convertida está sujeta muchas veces á censuras y murmuraciones; una vida recta, un exterior modesto, abundante limosnas, la constancia en la oración, la frecuente participación de los sacramentos, todo esto pone en ejercicio la crítica de los mundanos. Pero está firmes y constantes, almas convertidas, dejad hablar al mundo, imitad este enfermo, mostrad que ya estais sanas, y responded á vuestros censureros, que vosotros haceis lo que os ha ordenado el que os ha sanado de vuestras enfermedades, y que queréis obedecerle.

Lo segundo. *Observemos la respuesta del hombre sano á la maligna curiosidad de los judíos.* “Le preguntaron pues: ¿quién es aquel hombre que te ha dicho ege tu cama y camina...” Respondióle entonces, que él nada sabía y que ni siquiera lo conocía.... “Y el hombre que había sido curado no sabía quién fuese, porque Jesús se apartó de la turba que estaba en aquel lugar...”

El vano escrípulo de los judíos quedó relacionado con toda solidez, y burlada su maligna curiosidad. Recibían ellos por parte de los que sanaba Jesús tales mortificaciones, que no las podía sufrir su orgullo. Jesucristo les había dado un ejemplo de humildad apartándose de los aplausos del pueblo; pero sus virtudes y milagros servían para irritar los mas.

Lo tercero. *Consideremos el reconocimiento para con Dios de este hombre, que quedó sano de su enfermedad.* "Después lo encontró Jesús en el templo y le dijo: mira que ya estás sano; no quieras pecar ya, no sea que te suceda alguna cosa peor..." El primer uso que hizo el paralítico de su sanidad fué el ir al templo á dar gracias á Dios, y aquí justamente recibe nuevos favores; aquí lo encontró Jesús, se le dió á conocer, y le dió el importante aviso de que no pecase ya mas, por temor de experimentar alguna cosa peor... Alma cristiana, mira, ya estas purificada por la virtud omnipotente de la penitencia; guárdate de recaer por temor de que no te suceda alguna cosa mas espantosa, esto es, el morir en el pecado.... Para evitar los peligros de la recaída, te ha de llevar frecuentemente á los pies de los altares el reconocimiento de las gracias recibidas. Aquí, creciendo mas cada día en el conocimiento de Jesucristo é iluminado sobre los peligros que te amenazan, aprenderás á vivir con mas cautela y á preservarte.

Lo cuarto. *Observemos el celo de este hombre por la gloria de Jesucristo.* "Aquel hombre fué á dar parto á los judíos, cómo Jesús era el que lo había sanado..." Publíquemos las grandezas de Jesucristo, su poder y sus misericordias; procuremos ganarle todos los corazones; si no salimos con ello, siempre tendrá nuestro celo su recompensa.

Lo quinto. *Temblemos á vista de la equidad y dureza del corazón de los judíos.* "Y por esto los judíos perseguían á Jesús, porque hacía estas cosas en el día de sábado..."

Observemos aquí la diferencia que se halla entre un corazón recto y un corazón ciego de pasión. El primero se inclina naturalmente á lo verdadero y á lo esencial; el segundo obra acaso y huye de buscar el principio.... Nuestro enfermo, hablando de Jesús, dice siempre: *aquel que me ha sanado*, y esto era el punto esencial. Los otros, al opuesto, decían siempre: *aquel que ha mandado llevar la cama en el día del sábado*, y de aquí no pasaban. Cuando una persona esta prevenida contra otra, refiere siempre aquello solo que puede tener alguna apariencia de mal, y no habla jamás del bien que esta hace y que la podía servir de justificación ó á lo menos de excusa. Tal es aun el método de los incrédulos. Se paran solamente en aquello que en la religión puede ofender y alterar su débil corazón, y se olvidan siempre de que aquel que nos ha dado esta religión es el mismo que con una simple palabra ha echado los demonios, ha sanado enfermos, ha resucitado muertos y se ha resucitado á sí mismo. Piensen y digan estos lo que quieran, mientras que la verdad de estos hechos verificadas subsista y no podrá ser destruída, los razonamientos del impío no se merecerán otra cosa que desprecio, y harán mal solamente á sí mismo.

PETICION Y COLOQUIO.

Este paralítico de muchos años es, ¡oh Dios mio! la figura de mi alma, que mucho tiempo ha está enferma y debilitada de los malos hábitos y cubierta de mortales llagas; dignaos, ¡oh Salvador mio! de echar sobre ella una mirada de vuestro amor, dignaos de librarla del yugo que la oprime y la deshonra; quiero ser sano, sí, ¡oh Señor! lo quiero y os lo pido con ardor: detesto mi enfermedad, y sobre todo, aquella parálisis que me impide el obrar, el hablar y caminar segun vuestra ley y por vuestra gloria. Recorro á vos con la mas viva confianza; decidme, pues, como á aquel paralítico, que me levante, que lleve mi lecho y que camine en el camino de vuestros mandamientos. Amen.

MEDITACION XXVII.

DISCURSO DE JESUCRISTO A LOS JUDIOS DESPUES DE HABER SANADO AL ENFERMO DE TREINTA Y OCHO AÑOS.

JESÚS DECLARA SU DIVINIDAD.

S. Juan, e. V, v. 16, 20.

Jesucristo manifiesta: primero, su igualdad con Dios su padre; segundo, la diferencia de las personas en unidad de naturaleza y de operacion; tercero, la union de la humanidad con la divinidad en su persona; cuarto, sus derechos sobre todos los hombres.

PUNTO I.

SU IGUALDAD CON DIOS PADRE.

Sabiendo los principales de los judíos que era Jesucristo el que había mandado al enfermo de la piscina llevar su cama en el día sábado, tomaron de aquí ocasion de perseguirlo y le echaron en rostro delante del pueblo esta falta de observancia de la ley, en vez de hacer este reconocimiento simple y natural: este hombre dispensa en la ley del sábado; mas aquel y quien concedo esta dispensa, es un enfermo que el mismo nos ha sanado delante de nuestros ojos de una enfermedad envejecida: luego este tiene derecho para la una cosa, cuando tiene poder para la otra; y este es como lo prueban sus obras, el Mesías que esperamos; se alegraron por el contrario estos espíritus preocupados de tener á la mano un pretexto de calumniar un hombre que no querían por Mesías, porque aunque era de la sangre de David y heredero de su trono, era pobre, sin pretensio-

nes, y no correspondía á los altos pensamientos y á los prejuicios que ellos se habían formado de un rey, de un guerrero, de un conquistador que restableciera el reino temporal de Judá y que haría pedazos el yugo de los romanos y sujetaría las naciones; porque lejos de hablar de victorias ó disponer triunfos, no predicaba otra cosa que renunciase, no practicaba otra cosa que abnegaciones; y finalmente, porque lejos de tratar con contemplacion, lejos de ganarse y hacerse bien acepto á aquellos que estaban actualmente en posesion del gobierno y de la instruccion, descubria su ignorancia, les quitaba la misera y los desacreditaba. Estos hombres ambiciosos por su nacion y soberbios por sí mismos, depositarios infieles del sentido de sus Escrituras y corrompedores de la tradicion de sus padres, se hisonjeaban que dando á Jesucristo reprensiones serias sobre la pretendida trasgresion de la observancia del sábado, no les responderia en una manera tan plausible, que quitase á la acusacion lo que podia tener de espiciosa, y que con eso impedirian que los pueblos desertasen para correr tras él. Le dijeron, pues, en estos ó equivalentes términos: tú pretendes hacer milagros y quebrantar las órdenes de Moisés; sanas un enfermo dentro en la cama por treinta y ocho años, y sin respeto á la santidad del día, le haces quebrantar la ley, mandándole á este discípulo de Moisés que lleve sobre sus espaldas la cama á vista de una multitud infinita de pueblo: ¿qué debemos nosotros esperar de los milagros que tú obras desobediendo á Dios? ¿cómo hemos de conciliar una potestad que solo puede venir del cielo con tan poca sumision á sus órdenes?... ¡Ah! tus milagros son prestigios y tú no eres el enviado de Dios.

Pero Jesucristo les respondió: "mi Padre obra hasta este día y yo obro..." Entendieron muy bien los judíos toda la energía de esta respuesta. "Por tanto, los judíos procuraban mas quitarle la vida, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que decía á Dios su Padre, haciéndose igual á Dios..." De hecho, Jesucristo les quiso decir: sabed que Dios es mi Padre y que está eternamente en el reposo y en la accion. Si se dice que reposó el día séptimo, este reposo mira solo á la primera creacion de todas las cosas; pero esto no se entiende ya de la continua atencion de su providencia. Incesantemente y sin interrupcion su palabra sostiene todas las cosas, su espíritu anima todas las criaturas y todas las conserva su poder: no cesó jamás ni un punto de hacer bien, tanto el sábado como los demás dias. Si en este cesara de hacer bien con el pretexto de ser sábado, este mismo día seria para los hombres el mas funesto de todos, porque seria el fin del mundo. Lo mismo hago yo siendo su hijo, y por un derecho igual al suyo. Ni él ni yo estamos sujetos á las leyes, á los tiempos ni á los lugares. Igualmente y siempre señores de

la naturaleza para hacernos obedecer de ella, lo somos tambien de la ley para dispensarnos.... ¡Qué luces tan maravillosas en este discurso, qué majestad en estas palabras! Una apología tan sublime debía dar golpe en el espíritu de los judíos, con una admiracion mayor que la que causó la sanidad del enfermo. Decia bien claramente Jesucristo que Dios era su Padre, no por adopcion y por gracia, sino en una manera propia y natural, y que él era igual á su Padre. Si era verdad lo que decía Jesucristo, se inferia claramente que él era el Mesías que se esperaba. La declaracion que hacia á los judíos debía por lo menos parecerles que se merecia la mas religiosa atencion y el exámen mas serio. Pero esta sublime respuesta, lejos de calmar á esos enemigos de Jesucristo, lejos de suspender sus inquisiciones hasta haberla entendido mejor, los exasperó y los irritó. Prevenidos de sus celos y de su odio, no vieron otra cosa en la sanidad milagrosa del enfermo, que un quebrantamiento inexcusable de la ley, ni en la apología vieron otra cosa que una blasfemia horrible. Ya homicidas en su voluntad, formaron la conjura para serlo efectivamente, y concluyeron ellos mismos por dar la muerte á Jesucristo porque llamaba á Dios su Padre en el sentido mas propio y literal y porque se atribuía á sí mismo la igualdad de potestad con Dios; ó por mejor decir, llenos de odio contra Jesucristo, que no era un Mesías á su modo y segun su gusto, no quisieron pedirle la inteligencia de la pretendida paradoja que les propuso, temiendo ser convencidos: en vez de pedir ser instruidos, se sublevaron contra él y determinaron exterminarle como un corrompedor del moral, como á un blasfemo y como á un falso profeta.

En vano hablaba en su favor la santidad de su vida y la magnificancia de sus obras; el interés, la pasión y los prejuicios no les permitian buscar el conocimiento y declaracion de una verdad que les desagradaba; y tal será siempre la desgracia de los corazones celosos é interesados. No se oyen las razones de un hombre que se aborrece, y se supone sin oírlo que no puede tener alguna buena que lo justifique. A pesar del peligro que amenaza á este divino Salvador, estaba dispuesto á morir por nosotros; queria enseñarnos á no temer morir por él y continuar el discurso sublime que había empezado; discurso divino que debemos meditar con el mas profundo respeto y con el mas vivo reconocimiento. No podía ser otro que el Hijo de Dios quien tuviese un lenguaje tan adorable; tocaba al discípulo amado recoger las expresiones, al Espíritu Santo darnos la inteligencia, y á la Iglesia, esposa de Jesucristo, comunicarnos la fe y perpetuarla hasta el fin de los siglos, enseñándonos lo que debemos creer del misterio de la Santísima Trinidad, ó sea de un solo Dios, en tres personas y del misterio de la Encarnacion, ó sea del Verbo hecho hombre, que es Jesucristo mismo, en quien reconocemos dos